



Separata especial

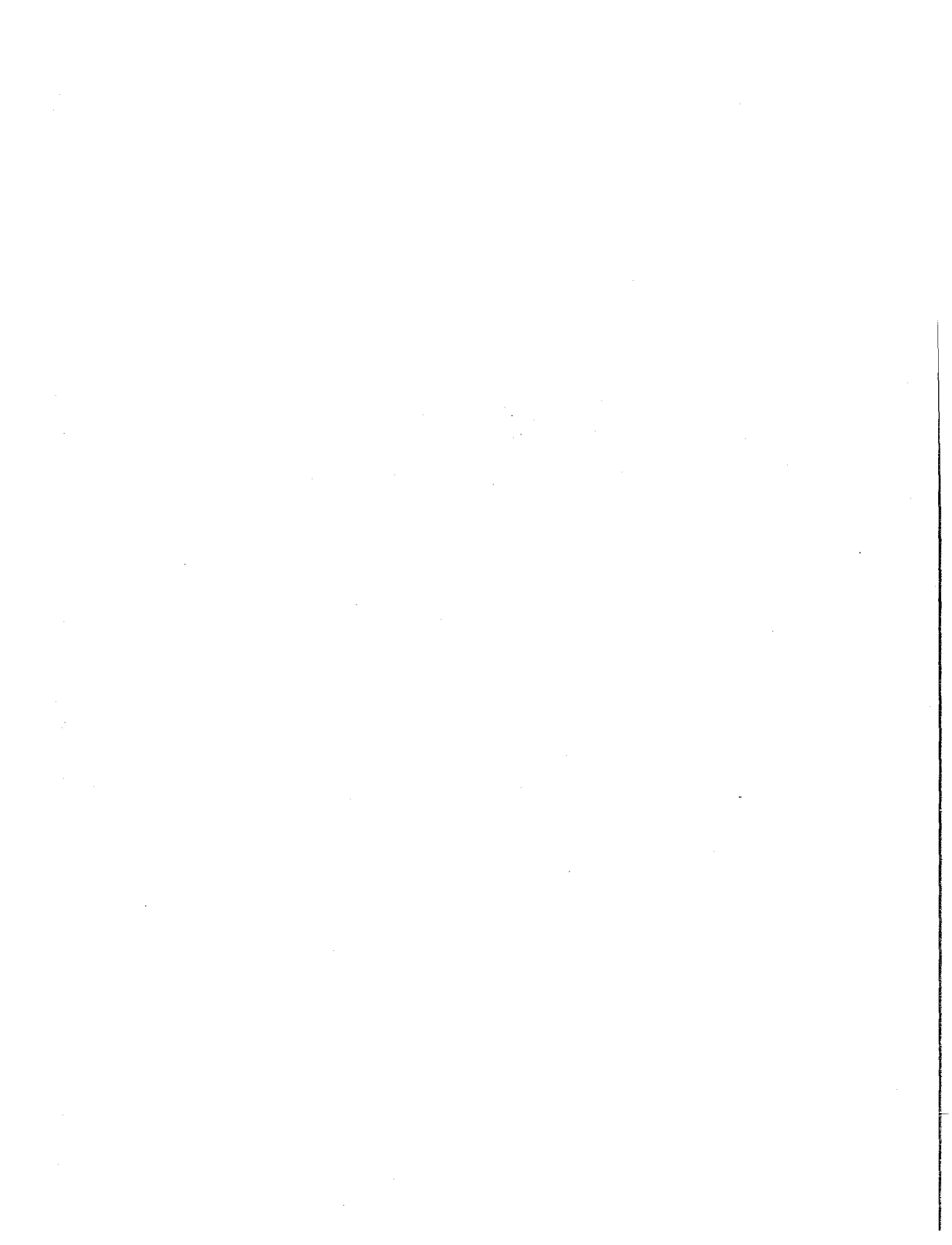
MEDELLIN

Documento básico para la II
Conferencia General del Episcopado
Latinoamericano

76

VOLUMEN XIX
DICIEMBRE 1993

INSTITUTO TEOLOGICO PASTORAL DEL CELAM



SEPARATA ESPECIAL

**DOCUMENTO BASICO PRELIMINAR
PARA LA II CONFERENCIA
GENERAL DEL EPISCOPADO
LATINOAMERICANO
(C E L A M)**

MEDELLIN, AGOSTO, 1968

INTRODUCCION GENERAL

LA REALIDAD LATINOAMERICANA

REFLEXION TEOLOGICA

LINEAS PASTORALES

INTRODUCCION GENERAL

“El género humano se halla hoy en un período nuevo de su historia, caracterizado por cambios profundos y acelerados, que progresivamente se extienden al universo entero” (CG 4). Esta declaración vigorosa del Concilio Vaticano II explica la razón de ser del Concilio mismo. No era la de repetir doctrinas consabidas ni de condenar viejos o nuevos errores, sino de levantar la antorcha de la verdad revelada para alumbrar los cambios de hoy (cf. Discurso Inaugural del Papa Juan XXIII. Nos. 13-14 y 15). En una palabra, el Concilio, sintiéndose solidario con todos los hombres (GS 1), “sólo desea una cosa, continuar bajo la guía del Espíritu, la obra misma de Cristo, quien vino al mundo para dar testimonio de la verdad, para salvar y no para juzgar, para servir y no para ser servido” (GS 4; cf. Jn 18,37).

“Para cumplir con esta misión”, prosigue el Concilio, “es deber permanente de la Iglesia, escrutar a fondo los signos de la época e interpretarlos a la luz del Evangelio, de forma que, acomodándose a cada generación, pueda la Iglesia responder a los perennes interrogantes de la humanidad sobre el sentido de la vida presente y de la vida futura y sobre la mutua relación de ambas” (GS 4).

Así, el Concilio ha puesto valientemente a la Iglesia en medio del mundo de nuestro tiempo, frente a sus tareas actuales, y en la necesidad de renovarse continuamente para poder cumplirlas mejor.

Pero el Concilio nos señaló a todos, y principalmente a los Pastores de la Iglesia, la obligación de responder, en cada lugar y cada momento, este deber permanente de estudiar nuestros tiempos para mejor servir a los hombres de hoy, sobre todo en este “período nuevo de la historia” (GS 4 y 9).

Todo lo que el Concilio ha dicho sobre este mundo en proceso de cambios rápidos, extensos y profundos, se puede afirmar de manera especial para nuestro mundo latinoamericano. Son cambios que están realizando una transformación tal en las actitudes y las formas de vida, que debemos hablar de un “nuevo período en su historia”. Todos los informes e investigaciones más serias nos lo declaran. La situación humana y social que hoy impera en muchos de nuestros países es alarmante.

La Iglesia ha de sentirse profundamente solidaria de esta situación (cf. GS 1). Como lo ha dicho el Papa Pablo VI la Iglesia, que ha estado presente en todos los momentos de la formación de este continente, no puede estar ausente en esta encrucijada de su historia (cf. Mensaje a Mar del Plata). Es fácil ceder a la tentación de replegarnos sobre la actuación estrictamente eclesial y sacramental en que nos sentimos seguros, con una neutralidad que dejaría a otros la elaboración de la nueva cultura y de la nueva sociedad que ha de surgir en torno nuestro. Pero esto sería ciertamente faltar a nuestra misión, y privar a nuestro pueblo del sostén a que tiene derecho en sus horas de decisión. Los años próximos determinarán probablemente, la

forma en que América Latina se desarrollará por muchas generaciones. El papel de la Iglesia durante estos años es crucial para el futuro del cristianismo en nuestro pueblo. Además, la Iglesia parece ser la única institución que pueda inspirar los ideales y unir las fuerzas necesarias para el sano desarrollo del continente. (cf. Pablo VI, Mensaje del CELAM en Mar del Plata, Octubre 1966).

No es fácil para la Iglesia hacer frente a esta tremenda responsabilidad en nuestro continente. La mirada del mundo católico está puesta en nosotros. Rezando y esperando nuestros hermanos de Europa y Norteamérica, colaboran generosamente durante esta emergencia. Nuestro éxito o fracaso tendrá graves repercusiones en el mundo cristiano. Como la Iglesia en el Concilio encaró valientemente el nuevo mundo de estos tiempos, así debe la Iglesia en América Latina encarar el nuevo mundo latinoamericano.

Los esfuerzos de la Iglesia, en este sentido, a través de nuestros países, son ya valiosos. El Papa Pablo VI los ha señalado con admiración (cf. Discurso al CELAM en Nov. 1965, y Mensaje a Adveniat en Dic. 1967). Al mismo tiempo, el Santo Padre no esconde su angustia ante la gravedad de la situación en que nos encontramos, y apela sobre todo a nosotros, los Obispos, para que demos a la Iglesia del Continente el fuerte impulso que esta hora requiere. El nos aconseja, en primera instancia, que nos demos cuenta cabal de la realidad en que vivimos y que afecta a la Iglesia. Y para esto nos dice cómo debemos valernos de expertos, sobre todo de sociólogos para el estudio de esa misma realidad (Discurso al CELAM, Nov. 1965). En muchas audiencias a los Obispos de América Latina, el Santo Padre ha insistido en que debemos ser nosotros los que busquemos los caminos de la Iglesia en este continente, conscientes de nuestra responsabilidad directa e inmediata.

Todas estas observaciones nos muestran la gran importancia que tendrá nuestra próxima Conferencia General. En ella han de converger los múltiples esfuerzos de renovación de nuestras Iglesias locales. En ella, sin desmedro alguno de la responsabilidad de cada Iglesia local y de cada Conferencia Episcopal Nacional, y a pesar de las grandes diferencias que caracterizan las diversas regiones del continente, hemos de considerar juntos todo lo que tenemos en común y perfeccionar los instrumentos de que podemos disponer, principalmente a través del CELAM. Debemos ayudarnos a través de servicios comunes en la realización de nuestras tareas locales. El Papa nos urge a que pensemos y actuemos así para lograr poco a poco una Pastoral a nivel continental (Discurso al CELAM, Nov. 1965). Nos toca a nosotros responder.

El examen de la realidad que debemos hacer no es fácil. Tendremos que reconocer hechos y aceptar críticas poco agradables quizás. Probablemente, gran parte de lo que se describa en este Documento sobre la realidad Latinoamericana no se aplicará exactamente a una región u otra. De todos modos, nuestra responsabilidad con relación a la Iglesia Universal nos pide ese examen de la realidad en su conjunto. El intento de este primer Documento de trabajo para nuestra Conferencia General es empezar un estudio y una conversación entre todos nosotros. La Conferencia se ha preparado

diligentemente: primero en la Reunión del CELAM con sus Delegados, en Lima, en noviembre pasado, y después por un trabajo de reflexión realizado entre Obispos y expertos elegidos en Lima, en enero de 1968, en Bogotá.

El Documento se envía a todos los Obispos de América Latina para que, individualmente y en sus Conferencias Episcopales, puedan someterlos a estudio y corrección. Algunos lo encontrarán quizás algo negativo; otros lo considerarán, tal vez, poco audaz y demasiado optimista. Sus observaciones le darán el equilibrio y la visión auténtica que debe tener, para que en su próxima redacción sirva de base a las discusiones que juntos realizaremos en la misma Conferencia General, de cuyo éxito depende mucho el futuro trabajo de la Iglesia al servicio de América Latina y del mundo.

El Documento, en su primera parte, consta de una descripción de la situación económica, social, cultural y religiosa del Continente. La segunda parte es una reflexión teológica sobre esta realidad. La tercera es una sugerencia de prioridades pastorales que manan de la situación descrita anteriormente. Con respecto a esta tercera parte, cabe la siguiente observación: La Conferencia General se dedicará principalmente a considerar aspectos y prioridades pastorales. En este documento se han señalado algunas de las prioridades que parecen corresponder a la situación de hoy. No se han elaborado con detalle, principalmente porque se quiere contar antes con el parecer de los Obispos de todo el continente al respecto.

Finalmente, se enviarán en tiempo y modo oportunos algunos anexos que servirán para mayor explicación de algunos de los puntos tratados en el Documento.

PRIMERA PARTE LA REALIDAD LATINOAMERICANA

RAZON Y LIMITES DE ESTA DESCRIPCION

La constitución pastoral sobre la Iglesia en el mundo de hoy nos describe al hombre, sumergido en una sociedad de cambio rápido y global. Esta descripción se aplica de modo eminente a la sociedad latinoamericana, en la cual el ritmo de cambio se ve acelerado por la explosión demográfica y la creciente revolución de las expectativas humanas.

Todo diagnóstico de América Latina es difícil, por ser ella un conglomerado de países diversos que, a su vez, presentan diferencias marcadas dentro de sí. El diagnóstico supondría una tipología de distintos países según las diversas variables socioeconómicas, culturales y religiosas. Conocedores de esta limitación, queremos sólo indicar que el diagnóstico presentará lo que podríamos llamar problemas comunes. Está basado, en su parte socioeconómica, en los documentos confeccionados

por CEPAL y otras organizaciones internacionales. Tal vez dará impresión de que no se hace suficiente hincapié en los puntos positivos que, sin duda, existen. La descripción podrá parecer pesimista, pero es un reflejo de la realidad latinoamericana que es trágica y que pide una respuesta rápida y definitiva.

Situación demográfica

El crecimiento de la población del continente es superior al de cualquiera otra área del mundo. En 1900 había 63 millones de habitantes; 50 años después, 163 millones; y hoy, 18 años más tarde, hay cerca de 250 millones de habitantes. Esta población es aún predominantemente rural, con excepción de algunos países. Ha tenido también la tendencia a concentrarse en las grandes ciudades. Es una población predominantemente joven: 40% de ella es menor de 15 años.

El crecimiento demográfico tiene graves repercusiones económicas, sociales y éticas.

Situación económica

El grado de desarrollo económico puede medirse en parte por el nivel medio de ingresos que apenas alcanza 300 dólares al año per cápita sin olvidar las grandes diferencias que median entre los diversos países latinoamericanos, y entre los diversos grupos sociales dentro de cada país. Este ingreso equivale a un tercio de lo que obtiene el europeo y la séptima parte del ingreso del norteamericano. El ritmo de crecimiento económico es tan lento que sólo en 45 años alcanzaría el nivel de ingreso europeo. En estos últimos años, la mayor parte de los países han tenido un ritmo muy inferior al programado en la Alianza para el Progreso.

El índice de ingreso se agrava si se considera la forma en que está distribuido. Una ínfima minoría recibe gran parte de esos ingresos. Este grupo tiene concentrada la propiedad agrícola y la fuente de producción industrial, mientras que las grandes masas tienen un ingreso mínimo o están sometidas al desempleo. Esta situación económica también tiene la característica de dependencia de los capitales extranjeros, que en muchos casos dominan sin control y con poco interés de permanencia dentro de los países. Además, el comercio de Latinoamérica se ve amenazado por la gran dependencia exterior de los países desarrollados, que compran materia prima de América Latina a bajo precio y le venden productos manufacturados necesarios para el desarrollo cada vez a precios más elevados. La falta de integración continental dificulta aún más el desarrollo social y económico.

Situación social

La situación económica descrita anteriormente da una luz sobre el bajo nivel de vida en América Latina. El desarrollo social implica, por una parte, un mejoramiento

de los niveles de vida, la eliminación de la pobreza extrema y la ampliación de los servicios sociales; y, por otra parte, un cambio de estructuras sociales menos rígidas y dotadas con más medios de movilización social. El nivel de vida para la mayor parte de la población es extremadamente bajo. Sólo un escaso número vive como el europeo o norteamericano. Ellos representarían el 2 ó 3% de la población. Los grupos medios, junto con los trabajadores y artesanos, tienen un nivel que varía de lo modesto a lo pobre. Estos grupos medios tienen acceso a los servicios de salud y educación, tienen ropas y alimentos adecuados y oportunidades para participar en la vida político-cultural del país. Les es difícil obtener viviendas y los sistemas de seguridad social no son del todo eficientes para sus necesidades. La inflación, alternada con períodos de austeridad, ha contribuido para crear un clima de inseguridad social.

Población marginal urbana

La población marginal urbana está formada en gran parte por los emigrantes rurales que han venido a la ciudad con la esperanza de mejorar sus condiciones de vida, o empujados del campo por la imposibilidad de seguir viviendo de la tierra. Ellos forman barrios enteros en las periferias de las ciudades, contruidos con materiales de desecho, donde los bajos niveles de vida, la falta de saneamiento, el hacinamiento y el tamaño mismo de los tugurios, los hacen vivir en situación infrahumana. Otros viven apiñados en casas viejas, en la parte antigua de la ciudad. La característica de estos habitantes es su marginalidad. No pertenecen a sindicatos, no participan de atención médica, no tienen acceso a abogados, no hacen uso de almacenes u hospitales; sobre todo, no tienen posibilidad de recibir educación y desde temprana edad se ven forzados al trabajo, tanto el hombre como la mujer. Están en una lucha constante por la vida. Sufren períodos de desocupación y de subocupación. La ausencia de reservas alimenticias, fruto de la escasez crónica de dinero, les obliga a hacer compras frecuentes, en pequeñas cantidades. Usan ropas y muebles de segunda y tercera mano. Arrojan un alto índice de alcoholismo. Recurren frecuentemente a la violencia para zanjar dificultades. Tienen una temprana iniciación en la vida sexual y sus uniones son libres, con un porcentaje relativamente alto de abandono de madres e hijos. Su marginalidad es pasiva, en cuanto no participan de los distintos bienes y servicios de la sociedad. Y también son marginales en cuanto no contribuyen a las decisiones, ni toman parte en la solución de los problemas sociales, ni siquiera de aquéllos que les afectan directamente. Su marginalidad se acrecienta por la desintegración interna en que viven. Carecen de cohesión social, lo cual les impide organizarse. Ahí radica su resignación, abulia y apatía.

Población rural

La población rural tiene muchas de las características de la marginalidad descrita. Su ingreso per cápita es inferior a 100 dólares al año. Su régimen alimenticio es a menudo inadecuado, debido a su pobreza y a los malos hábitos dietéticos. La vivienda familiar es pobre e inadecuada. Es raro contar con agua potable, servicios sanitarios

y electricidad. Viven casi marginados de toda la vida social. Las escuelas, si las hay, son a menudo de tan baja calidad que ni siquiera permiten la alfabetización funcional. Los médicos y hospitales quedan fuera de su alcance, aunque en esto ha habido cierto progreso en la vida rural. La población en gran parte sigue marginada de bienes de consumo duraderos. Su marginalidad es grande por la casi nula participación en la política nacional, sobre todo si tenemos en cuenta su importancia numérica. La extensión de los cambios, así como el mismo radio transistor, empieza a unirlos a la vida urbana. La relación de la población rural con la propiedad de la tierra varía mucho en las diferentes partes de América Latina. La reforma agraria ha empezado a realizarse en algunos países, pero su ritmo es todavía sumamente lento, y en muchas partes es sólo de nombre, lo que dificulta aún más un serio cambio en la tenencia de la tierra.

Población indígena

En algunas parte de la sub-región andina y centroamericana, la población rural está formada por grupos étnicos que hablan idiomas distintos del nacional, se identifican con una comunidad local y apenas tienen conocimiento de la existencia de la Nación. Algunos grupos están separados de la población nacional por diferencias culturales menos marcadas que derivan de su ascendencia indígena o negra, pero permanecen en cierta manera aislados y sus niveles de vida son bajos. Limitan su participación en la vida nacional a una actitud pasiva, bajo la dirección de grandes terratenientes, caudillos, políticos o funcionarios públicos.

Los grupos que hemos descrito anteriormente tienen un sentido de marginalidad, de abandono, de dependencia. Son como extranjeros en su propio país, convencidos de que las instituciones existentes no sirven a sus intereses y necesidades.

La Iglesia y la nueva situación latinoamericana

El hombre latinoamericano ha soportado la pobreza durante muchos siglos en silencio y en aparente indiferencia. Ahora esas masas despiertan bruscamente y sus exigencias exceden el ritmo del desarrollo económico y social. Las crecientes aspiraciones y las escasas disponibilidades generan un sentido de frustración. Lo que era pobreza inconsciente se ha convertido en consciente miseria. Se implantan así los gérmenes de la violencia. Este hombre ve las diferencias sociales y sabe que no está destinado para siempre a vivir en esta situación y que buscará medios violentos si es necesario, para salir de ellas.

El diagnóstico socioeconómico, así esbozado, presenta un serio desafío a la Iglesia: ¿cuál ha sido la acción de la Iglesia, servidora del hombre, frente a estos problemas?.

El problema demográfico no ha tenido aún una respuesta adecuada, ni a nivel social, ni familiar. La Iglesia, más bien ha estado ausente. Es cierto que ha salido en defensa de valores humanos, y ha exigido el respeto de la libertad de los padres de

familia. Pero, salvo en raras excepciones, lo ha hecho de un modo negativo, mostrando una falta de comprensión de este angustioso problema.

Frente a la situación de miseria y de injusticia de las estructuras sociales existentes, la Iglesia no ha ejercido, con la urgencia que debería haberlo hecho, su papel profético de condenar las injusticias e inspirar los cambios necesarios. Muchas veces se ha identificado con el orden establecido.

Hay que reconocer un cierto avance en estos últimos años. Muchos episcopados y reuniones del CELAM se han preocupado del problema del desarrollo socioeconómico y de la integración latinoamericana. (Documento de Mar del Plata). La Jerarquía latinoamericana, en algunos países, ha realizado también, de modo ejemplar, reformas agrarias en sus propiedades agrícolas. Grupos de cristianos han buscado nuevas formas de orden social y político que permita a América Latina salir de su subdesarrollo. Pero, en general, podemos decir que aún dista mucho la Iglesia de ser inspiradora de cambios necesarios para la promoción humana del hombre latinoamericano. El sector indígena ha sido "pastoreado" por la Iglesia, pero allí también ha faltado una acción de promoción más rápida y eficaz. Su preocupación, en general, por el orden temporal ha sido muchas veces de suplencia necesaria, y en esto hay que reconocer que ha sido promotora de valiosas iniciativas pero algunas de ellas han tenido tal vez un marcado tinte clerical.

Educación

Un aspecto fundamental relacionado con el desarrollo socioeconómico es el de la educación. América Latina nos muestra una población de casi 50% de analfabetos, sin contar con el número de analfabetos funcionales entre la población adulta. A pesar de los intentos para mejorar cuantitativamente el sistema escolar, no se puede aún hacer frente al crecimiento demográfico. El crecimiento actual de enseñanza requiere, para duplicar el número de alumnos, triplicar el número de maestros y cuadruplicar los costos por alumno, a no ser que se tecnifique el sistema. La deserción escolar, sobre todo en el campo y en las poblaciones marginales de la ciudad, es alarmante.

Falta diversificación en la enseñanza media, en función de las exigencias del desarrollo nacional. Las escuelas agrícolas, técnicas y vocacionales son de reciente creación, y no llenan las necesidades de las naciones. Una inadecuación semejante se nota en la universidad latinoamericana, que por ser más bien una copia de las universidades de países desarrollados, no responden a los problemas peculiares. Ha permanecido con carreras tradicionales, casi sin carreras de duración intermedia, más necesarias para el desarrollo social, económico. Las universidades tienen escasa investigación y no existe diálogo interdisciplinario, indispensable para el progreso de la cultura y el desarrollo integral de la sociedad. (Documento del Seminario y Encuentro Episcopal de Buga).

Dentro del sistema educacional hay que mencionar la falta de educadores y la insuficiente preparación de gran número de ellos. El papel del educador es aún subestimado en la sociedad. Sus salarios son bajos. El erario nacional dedica más fondos a presupuestos militares que a presupuestos educacionales. La escuela no cumple todavía su función de transformadora de las estructuras sociales latinoamericanas. Hay cambios cualitativos en la educación, substanciales para preparar al hombre en función del mundo nuevo que se inaugura, que no han penetrado nuestros sistemas educativos. Aún se está lejos de una auténtica democratización de la educación. Hay aún gran descuido de la educación de adultos, tan importante en un continente donde casi la mitad de su población adulta es analfabeta. La educación de base es también algo de reciente creación, y no muy difundida en nuestro continente. Los medios de comunicación social que pueden dar una respuesta a las exigencias, tanto del crecimiento demográfico como del crecimiento de aspiraciones educacionales, han sido descuidados.

La Iglesia y la educación

La Iglesia, históricamente, ha tenido un papel importante en la educación. Gran parte de su personal eclesástico, sobre todo religioso, ha estado dedicado a esta labor. En el nivel secundario y universitario su servicio ha beneficiado preferentemente a las clases altas. No así en el nivel primario, donde su acción ha sido más universal. Su obra ha estado concentrada de preferencia en las zonas urbanas. No ha habido una planificación que le haga estar presente también en las instituciones estatales. Se nota hoy una toma de conciencia en la necesidad de un planeamiento para la progresiva presencia de la Iglesia en el mundo educacional.

La Juventud latinoamericana

La juventud constituye el grupo más numeroso de la sociedad latinoamericana. El cambio cultural y social la ha afectado profundamente. La juventud forma hoy una especie de unidad dentro de la sociedad. Antiguamente estaba presente en los diversos cuerpos sociales: familia -centros docentes y de trabajo. Se llegaba a ellos a través de las instituciones dirigidas por adultos. Ahora la juventud se presenta como un nuevo cuerpo social, con sus propias ideas y valores y su propio dinamismo interno, buscando nuevas responsabilidades y nuevas funciones dentro de la comunidad latinoamericana. Vive en una época de crisis y cambios que provoca conflictos entre las diversas generaciones. Los jóvenes rechazan la imagen del mundo que han plasmado sus mayores por considerar inauténtico su estilo de vida. Esta rebeldía crece más y más. La juventud desea crear nuevas soluciones para una sociedad más justa.

Otras tendencias culturales

El cambio cultural que se está operando en el continente tiene las características del paso de una sociedad predominantemente tradicional hacia una sociedad moderna.

Las grandes ciudades son las más afectadas por esos cambios, pero tampoco los sectores rurales permanecen indiferentes. La sociedad actual se ha caracterizado por un tipo moderno de relaciones sociales, como así mismo por distintos tipos de conducta, con expectativas y deseos nuevos.

Los lazos sociales, basados únicamente en el parentesco han ido desapareciendo dando paso a aquellos fundados en el contrato y la libre asociación. Cada vez es mayor la especialización y diferenciación social. El monopolio político y económico-cultural, que antiguamente tuvo un grupo social, ha sido quebrantado. Lo que nos interesa observar es el cambio de valores y de normas, ya que es allí donde hay más coincidencia y donde es más afectado el sistema religioso. Hay nuevas ideologías que van tomando carta de ciudadanía en los distintos rincones de América Latina. Hay cambios en los canales que existían para la transmisión de ideas. Los agentes tradicionales, como la familia patriarcal, ya no son el medio principal. El tipo de relaciones que predomina en nuestra sociedad son aquellas más democráticas en que se asignan responsabilidades y compromisos. Este nuevo tipo de relación de igual a igual, es característico de la ciudad industrial. Si miramos el futuro, cada día habrá mayor libertad para elegir sus propios objetivos. Todo esto significa que ha terminado ya el modo estable de pensar la vida en términos de preparar a la gente para una cultura que existió y va a permanecer.

Las normas o reglas que más se valoran son las que están orientadas funcionalmente, y no aquéllas que tienen sólo un título de continuidad y antigüedad. Otro cambio importante es la continua especialización de la división de trabajos, pedida por el avance tecnológico. Esto lleva a una dependencia cada vez mayor entre los hombres, a una aceptación de la complejidad de los fenómenos y a una pérdida del monopolio de la respuesta a los problemas que podía tener una persona de responsabilidad. Otra tendencia que no se puede ignorar es la toma de conciencia cada vez mayor de un sentido internacional que desplaza los regionalismos y los nacionalismos cerrados. Otra tendencia creciente es el sentido de libertad, aunque para una gran mayoría esto permanezca todavía en el plano de deseos y aspiraciones, debido al bajo nivel social y económico en que se encuentra. El hombre, sabe que su situación no tiene por qué ser siempre la misma. Está experimentando una revolución en sus aspiraciones. Flota en las grandes masas latinoamericanas un deseo revolucionario que quiere, por todos los medios, un cambio rápido y global de las estructuras sociales existentes, aunque también hay que reconocer que grandes masas están marginadas aún de estos mismos deseos.

Los medios de comunicación social están contribuyendo profundamente a la creación de una cierta cultura de masas y a este deseo de cambio, debiéndose señalar también que en ocasiones este impulso es algo alienador, desintegrando los propios valores nacionales.

Otra tendencia, como compensación contra el anonimato y la armonía que caracteriza a nuestra sociedad, es la búsqueda de formas comunitarias de vida. Frente

a la inseguridad, a la incertidumbre, a la amenaza de la soledad, el hombre necesita sentirse integrado en algún grupo. Busca ansiosamente la comunidad.

Otro elemento de cambio socio-cultural es el de un cierto pluralismo. Se está pasando de una sociedad en que predominaba una sola cultura, un solo conjunto de normas y valores, un sólo modo de ver la vida a un pluralismo cultural. En una sociedad monolítica, la transmisión de los valores de esa cultura se realiza casi por la sola inercia. La presión social ejerce una influencia tal, que se hace difícil todo comportamiento disonante. Ese tipo de sociedad está dejando de existir en gran parte de América Latina. Ya no se puede decir que en la sociedad actual haya un solo conjunto de normas y valores. Hay competencia entre varias soluciones que se presentan como posibles y válidas. La presión social, en esta situación, pierde gran parte de su poder normativo. La autoridad ya no es aceptada sin discusión; se desea participar en la fijación de las metas, dialogar, discutir los problemas antes de aceptarlos. Existiendo diversas soluciones para los problemas provenientes de las distintas concepciones de la vida, la tradición pierde la gravitación que tenía por ser ella sola, por sí misma, la transmisora de la cultura, sin mucha participación activa de los diversos factores de socialización. Este pluralismo puede verse en parte en las diversas orientaciones ideológicas ostentadas por los partidos políticos, en el pluralismo religioso, en sus diversos grupos cristianos y en la diversidad de tendencias dentro de la propia Iglesia, que muchas veces no son convergentes.

Secularización cultural

Junto a este pluralismo se observa un proceso de secularización¹ por el cual se desplaza el centro de gravedad que ocupaba el pensamiento religioso. Este proceso, fruto de una mayor racionalización que se viene operando en la sociedad, involucra una pérdida de muchos símbolos, una abolición de lo mágico, un centrar todo en el hombre, más que en Dios.

Es una desacralización de la sociedad, que podría llamarse descristianización si la sociedad fue previamente cristiana. No es incompatible con lo religioso, pero sí impone un cambio en el modo de comunicar y presentar el mensaje evangélico.

Hay pues, signos inequívocos de secularización y de pluralismo, pero mucho más es lo que queda por investigar, esto es, la profundidad y amplitud de esos fenómenos en nuestra sociedad. Los estudios realizados nos muestran que la gran masa del país mantiene creencias religiosas, aunque no con el grado de compromiso que tuvo en otras épocas.

Frente a los cambios culturales la Iglesia no siempre ha estado alerta, no siempre

1. Secularización no debe confundirse con el secularismo que no reconoce otros valores fuera de los del mundo, ni con el laicismo, que niega a la Iglesia toda injerencia en el mundo.

ha apreciado los nuevos valores de la sociedad moderna ni ha tomado conciencia clara de la nueva sociedad en que se está viviendo; sociedad pluralista en vía de secularización y sociedad de cultura de masas.

En cuanto a la comunicación social, la Iglesia no ha comprendido ni ha valorizado este fenómeno y, en consecuencia, lo ha descuidado casi por completo en sus afanes pastorales.

Situación política

Existe una inadecuación de nuestros sistemas políticos con las exigencias crecientes de integración del continente latinoamericano. Los sistemas políticos han sido una copia de sistemas europeos, impuestos sobre una realidad muy diversa. La política latinoamericana sigue su dependencia de las grandes potencias mundiales.

Entre las notas más importantes de esta situación, está la de la marginalidad política del pueblo latinoamericano, manifestada por la escasa participación de las grandes masas en las decisiones del bien común. Este hecho se ve acrecentado por la decepción, en el pueblo, de los políticos y por una hipertrofia de lo político. Se vive una democracia más formal que real, donde falta en ocasiones auténtica libertad de organización. Los sistemas políticos están caracterizados por distintas formas de oligarquía. La falta de grupos intermedios que faciliten la participación y la integración en la vida nacional, tales como sindicatos, organizaciones campesinas, lleva a que grupos pequeños gobiernen sin contrapeso. El estado, a su vez, ha exagerado su misión y tiende a monopolizar toda la actividad humana. Hay también un desequilibrio entre los escasos grupos de presión. En muchos países el grupo militar constituye un poderoso grupo de presión que pasa a ser decisivo en la política.

La Iglesia ha sido afectada por esta hipertrofia de lo político. Allí donde ella es la religión oficial, sus jefes religiosos son identificados con el poder político. En otras partes se les ve ligados a las clases dominantes y a los poderosos. La Iglesia constituye también un cierto grupo de poder. Ella, por desgracia, ha permanecido a veces callada frente a los abusos del poder civil y militar, siempre que se le permitiese ejercer sus funciones culturales y su papel moralizador (de moral individualista) y sus actividades educacionales.

Situación de la fe y de la religiosidad en Latinoamérica

La situación religiosa en Latinoamérica es extraordinariamente compleja debido a la diversidad socio-cultural de cada nación, así como dentro de cada una de ellas.

La primera constatación que salta a la vista, al querer hacer su descripción, es que faltan estudios científicos de dicha realidad, sobre todo si se quiere que no sea sólo cuantitativamente considerada, sino también cualitativamente.

No obstante sus dificultades y limitaciones, se intentará presentar un cuadro que muestre ciertas constataciones que pueda servir para orientar el estudio de cada país.

Se dividirá este aporte en cuatro grandes grupos: La población que se tiene por católica, los cristianos no católicos, los no cristianos y, finalmente, los no creyentes.

Los católicos

El estudio de la religiosidad del hombre es muy complejo. Los sociólogos nos indican diversas áreas de la vida humana donde podría manifestarse lo religioso. Ser religioso no indica lo mismo para todos los hombres. Además, el hombre piensa, siente y actúa de un modo distinto aunque permanezca dentro de una misma situación religiosa. Hay una diversidad muy grande de experiencias religiosas y de sus manifestaciones externas.

Alrededor de un 90% de la población en América Latina, se dice católica cuando es interrogada en los censos. Esta cifra nos muestra el grado mínimo de pertenencia a la Iglesia. Puede responder a factores culturales tradicionales. Las estructuras que tiene la Iglesia para la evangelización son sin duda insuficientes: hay 16.000 habitantes, en promedio, por parroquia, con una tendencia rápida a aumentar la población. El número de sacerdotes es cada vez menor si se compara con el crecimiento vegetativo de la población. Estos hechos son significativos, dado que la Iglesia no ha cambiado sus estructuras ni sus métodos de evangelización, centrados en el clero.

Para ayudarnos en esta descripción se pueden distinguir diversas dimensiones donde se expresa lo religioso.

Dimensión de la Experiencia Religiosa

Una primera área es la de la experiencia religiosa que puede tener el hombre de la realidad última de Dios o de lo divino. Esta experiencia puede ir acompañada de emociones variadas, tales como actos de humildad, alegría, paz, exaltación, que ordinariamente están relacionados con el sentimiento religioso. Donde se han hecho estudios en América Latina, aparece que un alto porcentaje dice acordarse de Dios, o rezar, y muestra en sus expresiones una cierta experiencia de lo divino y de lo espiritual. No sabemos en qué medida identifican esta experiencia con la experiencia del Dios vivo.

Dimensión del conocimiento religioso

Está constituida por el conjunto de creencias que cada uno tiene en su religión. Existe una graduación de ortodoxia en la aceptación de las creencias, que va desde los más tradicionalistas, pasando por los que interpretan las creencias de una manera más liberal, hasta llegar a los que no creen.

En algunos estudios realizados se ve una variedad grande de conocimientos: sin duda la tradición sigue teniendo un peso en la sociedad en la transmisión de ciertas creencias aunque no sabemos claramente si el contenido es cristiano o está mezclado de sincretismos. Se puede afirmar que el conocimiento es pobre, primero por el enorme número que no es catequizado, dada la escasez de catequistas, y la falta de preparación de maestros, profesores de religión; luego porque la familia, en la mayor parte de los países, no es una agencia de formación cristiana.

El número de cristianos que está en contacto con la predicación, es también escaso. Los estudios hechos nos dan nuevamente como característica una gran ignorancia religiosa.

La creciente conciencia de la propia personalidad, el deseo de libertad unido a la crisis de autoridad, la misma actitud tomada por la Iglesia en su "aggiornamento", dada la fe de nuestros fieles, más de adhesión sociológica que fruto de una decisión personal, hace que el grado de amplitud de las creencias en los dogmas de la Iglesia y en su magisterio ordinario sea cada vez más débil.

Todo ello, en contraste con la enseñanza profana que se recibe en bachillerato y en estudios universitarios, va acrecentando cada día el número de los que no creen o creen solamente en algunos elementos, como fe en Dios, y poco más.

Dimensión ritualista o cultural

Esta dimensión ha sido, tal vez, la más estudiada en todas partes, por la facilidad con que puede ser observada. Mide la participación de los fieles en los actos del culto. Esta participación varía mucho en los diversos países de América Latina y dentro de ellos, entre las diversas clases sociales. La gradación va de un 10% a un 30%, aunque hay zonas excepcionales con porcentajes más altos. Los niveles son muy distintos, según sea el sexo, la edad, el medio social. La práctica disminuye a medida que aumenta la edad. La práctica es más abundante entre las clases sociales más acomodadas.

Como se indica al hablar de la liturgia, el grado de conocimiento del contenido de dichos actos rituales es más bien pobre y solamente un pequeño grupo tiene un conocimiento profundo.

Un número muy elevado de nuestros cristianos asiste a otras prácticas piadosas de tipo colectivo, como devociones a santos, procesiones, etc., que indican a la vez una adhesión a Dios, o al santo. Este tema está más profundizado en el informe de liturgia.

Dimensión del comportamiento

Analiza los efectos que tiene la fe del creyente para su comportamiento en el mundo. A medida que la religión está más integrada en la sociedad, es más posible que

las acciones humanas puedan estar definidas por un imperativo religioso. En esta dimensión se incluye todo el comportamiento moral, medido a través del gran mandamiento del amor a Dios y al prójimo. Podemos comprender lo lejos que aún estamos de este ideal, viendo la distancia que separa a nuestra sociedad del logro de un mínimo de justicia social. Esto se agrava al comprobar que las clases que se consideran más cristianas, son las que tiene más responsabilidad en esta situación injusta.

El problema de la moralidad a nivel social, familiar, e individual nos hace ver que estamos lejos de vivir en su plenitud las exigencias de nuestra fe.

Las consecuencias que esto trae para los grupos más sensibilizados socialmente, tanto en los universitarios como en los obreros, es la pérdida de la fe en la Iglesia y el alejamiento creciente de ella. La misma doctrina social de la Iglesia, que en un momento les entusiasma por sus planteamientos luego les decepciona al comprobar la falta de cristianos comprometidos en su realización. Vemos, pues, que las consecuencias de la fe en la vida personal son pobres, ya que muchos no toman en consideración las normas de la Iglesia por parecerles simplistas, obsoletas, que no tienen en cuenta todos los aspectos de los problemas y que están hechas en forma negativa de consideración más bien que para mostrar un camino. Es ínfimo el número de cristianos que captan el cristianismo como una adhesión personal a Cristo y un participar de su vida.

El fenómeno religioso a nivel de la sociedad

Se ha dicho, en el diagnóstico socio-cultural, que se está experimentando en la sociedad un cambio no sólo en las estructuras sociales sino también a nivel de los valores. Se está pasando de una sociedad en la que predominaba una sola cultura a un pluralismo cultural. En una sociedad monolítica la transmisión del cristianismo se realizaba casi por la sola inercia. La coincidencia de las normas de la sociedad global con las normas cristianas hacía que el mensaje cristiano no encontrara competencia, ya que todos los agentes de socialización (familia, escuela, grupos de amigos, etc.) comunicaban y reforzaban los mismos valores. Por otra parte, la presión social ejercía una influencia tal que se hacía difícil todo comportamiento disonante. La autoridad, que se ejercía verticalmente, hacía que lo que se comunicaba fuera aceptado fácilmente. Ese tipo de sociedad tradicional ha dejado de existir en gran parte. En una situación de pluralismo se exigen otros medios de comunicación de ideas, y no se puede confiar sólo en la tradición como medio principal de esta cristianización. En esta nueva sociedad se exige además que las normas no se impongan de un modo uniforme a todo, ni menos aún usando el Estado como mentor de la moralidad. La familia y la escuela tienen la misión de comunicar los valores que deben ser vividos con una convicción más personal. El pluralismo no es sólo cultural, sino también religioso. Es un hecho la existencia de importantes grupos religiosos en nuestro continente.

El proceso de la secularización de la cultura

La secularización de la cultura que se ha descrito anteriormente ha afectado las diversas áreas de la religiosidad. Muchas creencias han dejado de ser tales. Se ha visto reducido el campo de lo milagroso. Los aspectos de una religión cosmológica se han visto suplantados por la explicación científica o paracientífica. Por otra parte, ha aumentado el valor de la conciencia individual y ha disminuido la actitud intransigente para con otros grupos religiosos y el sentido exclusivista de pertenencia a su propia religión. La secularización ha provocado un debilitamiento del nexo entre el comportamiento religioso y la práctica de las creencias. De allí que pierdan valor las indicaciones de la Iglesia en la vida familiar y social.

Los no católicos

En este contexto católico se debe reconocer la presencia de movimientos religiosos cristianos, no católicos. Las Iglesias o comunidades protestantes o evangélicas se distribuyen en tres grupos. En primer lugar, las Iglesias y comunidades inmigrantes, vinculadas a grupos extranjeros. Están generalmente poco integradas en el medio, no suelen ser misioneras y su actividad es limitada.

Luego, las misiones de origen extranjero dirigidas específicamente a los latinoamericanos. Como es sabido esas misiones, tienen un ámbito de acción muy amplio, abarcando igualmente la población urbana y rural, civilizada e indígena.

En tercer lugar, las Iglesias y comunidades autóctonas son el fruto normal de las misiones a veces combinado con la evolución de las iglesias y comunidades de origen extranjero. En este caso cabe hablar de un protestantismo latinoamericano.

En cuanto a las sectas, tenemos que señalar que su conocimiento es indispensable. Ordinariamente presentan el mensaje desencarnado de las realidades temporales, sin exigencias de tipo social y de compromiso con la construcción del mundo. Los problemas de proselitismo derivan sobre todo de su actividad y afectan por igual a la Iglesia Católica y a las otras Iglesias protestantes.

Las Iglesias ortodoxas se presentan en el continente como grupos étnicos, a veces bastante numerosos. El tránsito de esta situación inicial a la implantación, no se ha hecho todavía de una manera sensible.

La tradición defensiva del catolicismo, unida al carácter legalmente oficial en muchos de nuestros países, contrario a la libertad religiosa, crea una situación no favorable al ecumenismo.

Los no cristianos

Todos los movimientos religiosos no cristianos, llamados también espiritualistas, se caracterizan por la aceptación de la pluralidad de existencias o encarnaciones. Entre ellos se destaca particularmente el espiritismo, sobre todo en el Brasil donde se presenta en forma de religión organizada, que actúa en todas las clases sociales. Aunque hablen de Cristo (Como espíritu altamente evolucionado), no pueden ser considerados como cristianos no católicos. Niegan prácticamente las verdades fundamentales de la doctrina cristiana.

Además del espiritismo actúan otros grupos reencarnacionistas. No pocas veces sus adeptos continúan diciéndose católicos. A estos grupos es necesario añadir la masonería, que aunque declare no ser religión de hecho se presenta entre nosotros como un movimiento religioso, naturalista y liberal. Ha perdido parte de su influencia política aunque continúa activa en muchas partes.

Existen también movimientos religiosos no cristianos entre la población de origen africana, que aunque ha sido bautizada no ha sido suficientemente evangelizada y continúa con una mentalidad que caracteriza a las religiones animistas y fetichistas de Africa. Entre los 10 millones de negros de Brasil se ve una tendencia a volver a los orígenes africanos teniendo solamente la fachada de un catolicismo.

Los no creyentes

El ateísmo se constata como fenómeno grave y creciente. Falta una sensibilidad mayor de la comunidad eclesial frente a él. Se vive todavía con la ilusión primitiva del fondo religioso del pueblo latinoamericano.

Existe un ateísmo humanista (especialmente de tipo marxista), que progresivamente se apodera de las clases intelectuales y de líderes de la clase obrera. Este ateísmo se despreocupa de la dimensión trascendente y escatológica del hombre y del mundo. Es una especie de humanismo inacabado o incompleto que influye en las estructuras. La visión marxista va haciéndose cada vez más aceptable entre jóvenes universitarios y obreros, quienes no ven en la Iglesia una solución audaz.

Hay una creciente indiferencia -sobre todo entre los jóvenes, a los valores religiosos. Dios les interesa cada vez menos.

SEGUNDA PARTE REFLEXION TEOLOGICA

Después de haber examinado la situación del hombre latinoamericano como se da en el momento presente, y de haber tomado conciencia de una realidad humana y religiosa, es necesario considerar a grandes rasgos esta situación a la luz de la enseñanza de nuestra fe cristiana, para sacar de allí las nuevas orientaciones de la acción pastoral de la Iglesia en el Continente.

El hombre y su salvación en Cristo

Nuestra fe nos lleva a ver en el hombre, en cada hombre, y en la comunidad que se desarrolla en la historia, un movimiento hacia una creciente personalización, es decir, una verdadera conciencia de la dignidad del hombre en la apertura hacia el mundo, hacia los otros y hacia Dios. (cf. GS 6). Tal movimiento brota de una iniciativa divina y realiza en los acontecimientos de este mundo el plan de salvación de Dios. Esta salvación tiene su origen en la comunidad del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo (LG 2-4), y se realiza por la mediación de la Iglesia donde los hombres encuentran su salvación "no individualmente y aislados entre sí", sino en el seno de una comunidad santa, mediante la constitución de un Pueblo, que conoce al Señor en la verdad y le sirve santamente (LG 9). El centro de este designio es Jesucristo, quien por su muerte y su Resurrección transforma el Universo y hace posible este acceso de los hombres a su verdadera plenitud humana; una plenitud que abarca al hombre en su totalidad, cuerpo y espíritu, individuo y sociedad, persona y cosmos, tiempo y eternidad.

La realización del hombre alcanza así su plenitud en la salvación que trae Cristo. Pues, a partir de una liberación del egoísmo personal y comunitario, mediante la conversión, lleva la humanidad a la comunión personal, consciente y libre con Dios, con los demás hermanos, con el mundo. La muerte y la Resurrección de Jesucristo libera al género humano del pecado y de la muerte, junto con todas las consecuencias y características de uno y otra: La ignorancia, las enfermedades, la miseria, las diferentes formas de opresión. Por esto, el Evangelio nos muestra al Señor no solamente predicando, sino curando enfermos y arrojando demonios.

Esta salvación plena que Dios realiza por Cristo se va cumpliendo en la historia humana pero no es realmente total y definitiva hasta que esa historia concluya y entremos en la realización del Reino de Dios. (cf. L. G. 40). Este mismo Reino, sin embargo, está ya presente entre nosotros, dando su sentido a la marcha de las cosas Dios ha querido actuar así con los hombres, para hacerlos entrar por la efusión del Espíritu Santo en la Resurrección de Jesús y participar así en la vida de la Trinidad.

Los hombres, en la medida en que alcanzan una estatura personal suficiente, dan a esta salvación ofrecida en Cristo una respuesta libre. Algunos la aceptan, otros no.

La aceptación de algún modo, aunque no conozcan explícitamente a Jesucristo, cuando, movidos secretamente por la Gracia, se esfuerzan por salir de su egoísmo, para abrirse a la tarea de construir este mundo y entrar en comunión con sus hermanos, (cf. GS 22; LG 16). No la aceptan cuando se niegan a reconocer este deber de promoción, de servicio y de comunión. Esto constituye un pecado. La limitación del hombre hace que sus decisiones, como sus realizaciones históricas, llevan muchas veces el doble sello del esfuerzo por responder a Dios, aún desconocido, y del replegamiento egoísta sobre sí mismos contra sus hermanos.

Es, precisamente, lo que hemos comprobado en nuestro análisis de América Latina, pues, junto a signos muy positivos del esfuerzo por responder a este Plan divino de salvación total, nos encontramos con signos muy negativos de despersonalización y de oposición a la realización de ese designio. Así, junto a una situación de hambre, miseria, subdesarrollo, estructuras económicas y sociales opresoras y culpables -puesto que dependen, al menos en parte, de voluntades libres- nos encontramos con un movimiento muy amplio de insatisfacción con la situación presente, de toma de conciencia de la posibilidad y urgencia de transformarla, de actuación en este sentido y de ciertas realizaciones. Igualmente comprobamos que, junto a un cristianismo de pura práctica externa, o de divorcio con la vida real, propia y ajena, personal y comunitaria, e incluso de superstición, hay una verdadera religiosidad, alimentada por la herencia cristiana de nuestra evangelización original, y que ahora trata seriamente de asumir cristianamente la real situación del continente.

Todo esto nos lleva a subrayar la grave responsabilidad de los hombres latinoamericanos, sean ellos dirigentes o no de nuestros diversos pueblos en la hora presente. La responsabilidad es tanto más grave si son cristianos, miembros de una Iglesia, de cuya misión en el continente hablaremos en seguida.

No es, por consiguiente, ajeno al doble deber humano y cristiano el cambio sustancial y urgente (cf. PP 32) de la situación latinoamericana, que se exige en esta hora. Muy al contrario, este cambio habrá de conducir, si se lo hace bien y sin caer en una nueva forma de alienación, a una mayor personalización, y por consiguiente a una mayor plenitud humana, realización ya, al menos parcial, de la salvación. E inclusive, la tentación que vemos surgir en diversos puntos del continente, no respondería precisamente al endurecimiento de una situación que se niega a ser cambiada y por consiguiente mantiene, de manera igualmente violenta a muchos hombres en una situación antihumana.

Fundándose en que los bienes que los ricos dan (o se niegan a dar) a los pobres, les pertenece ya a éstos (PP 23) dice con razón la Encíclica: "Es cierto que hay situaciones, cuya injusticia clama al cielo. Cuando poblaciones enteras faltan de lo necesario, viven en una tal dependencia que les impide toda iniciativa y responsabilidad, lo mismo que toda posibilidad de promoción cultural y de participación en la vida

social y política, es grande la tentación de rechazar con la violencia tan graves injurias contra la dignidad humana “ (PP 30).

La insensibilidad frente a situaciones como estas y el testimonio negativo que muchos cristianos de cualquier grado dan en su vida, personal e institucional, explica que la misma fe cristiana sea puesta radicalmente en crisis de manera creciente, y que el ateísmo y la indiferencia sigan avanzando. Corremos por consiguiente serio peligro de que la construcción futura del continente, que responde a una intención divina, se haga, no sólo al margen de la fe cristiana, sino en contra de ella.

Misión específica de la Iglesia

Todo esto nos lleva a interrogarnos acerca de la misión específica de la Iglesia en el continente latinoamericano, hoy.

Según la Constitución dogmática “Lumen Gentium” del Segundo Concilio Vaticano, la Iglesia es “el acercamiento o signo e instrumento de la unión íntima del hombre con Dios y de la unidad del género humano” (n. 1); es el “sacramento universal de salvación” (n. 48). Una y otra cosa es, en Cristo y por Cristo, sacramento del Padre, de quien la Iglesia recibe todo lo que es y todo lo que vale en el don del Espíritu Santo.

Mediante la efusión de su Espíritu, Cristo ha constituido a su Iglesia esencialmente en “comunidad de fe, esperanza y caridad” (LG 8), donde todos sus miembros (Obispos, Presbíteros, Religiosos y Laicos) se comprometen -según sus funciones específicas y sus carismas diversos y en la unidad del mismo espíritu a hacer llegar la salvación integral a todos los hombres y a todos los pueblos: “la comunidad cristiana es el signo de la presencia de Dios en el mundo” (AG 15). A la Iglesia le toca entonces, como “muchedumbre reunida por la unidad del Padre del Hijo y del Espíritu Santo” (LG 4), proclamar el mensaje de salvación, comunicar la vida de la Trinidad a los hombres, restaurar incluso todo el orden temporal en Cristo (cf. A A 5-6). A ella le toca también hacer visible, como signo que es, el misterio de Jesucristo presente y operante en la creación y en la historia, en virtud de su Muerte y su Resurrección. De esta manera, ella revela y hace perfecta y plena la salvación que Jesucristo trae a este mundo, y a la vez anticipa en sí, bajo el velo de la ambigüedad y del misterio, esa misma salvación por Jesucristo en su realización definitiva. En medio de la historia humana, llevando ese tesoro, marcha hacia la venida del Reino de Dios, enriqueciendo el mundo y tomando de él, contaminándose y purificándose, nunca perfecta y nunca del todo infiel, con la ambigüedad de todas las realizaciones humanas y el valor que le confiere el hacer explícita la presencia del Señor resucitado en el mundo presente (cf. GS 44). Los hombres que ella recibe en su seno entran así en una relación explícita y personal con Jesucristo y adquieren una nueva comunión entre sí, fundada en su Persona, que los liga con un nuevo título de solidaridad a la suerte de los demás hombres, sus hermanos.

Para que la Iglesia pueda cumplir esta misión de hacer presente y accesible a Jesucristo en todos los tiempos y todos los lugares, debe constantemente renovarse y reformarse así misma, debe constantemente examinarse acerca de la manera como sus instituciones, sus funciones y su vida, dejan ver, o al contrario velan, el misterio del Señor que vive y opera entre los hombres para salvarlos. (cf. UR 3-5. 7).

A esto precisamente se nos llama hoy en América Latina, después del segundo Concilio Vaticano. Ante todo se nos llama a tomar conciencia de lo que la Iglesia es y significa frente al designio de salvación del hombre latinoamericano que busca y espera precisar bien su misión redentora que "no es sólo anunciar el mensaje de Cristo y su Gracia a los hombres, sino también el impregnar y perfeccionar todo el orden temporal con el espíritu evangélico (cf. AA 5). Simultáneamente nuestra Iglesia tiene su propia tarea de reforma que realizar, en el ámbito de nuestro continente, y conforme a sus exigencias históricas. De esta manera contribuirá realmente a la realización del plan divino en este período y en este medio. A su vez, la realización temporal del continente adquirirá pleno sentido mediante este acceso consciente y personal a Jesucristo, si los miembros de la Iglesia ocupan su lugar y cumplen con su deber en la transformación que nos enfrenta, seguros de que al hacerlo se comportan como verdaderos discípulos de Cristo.

Una exigencia primaria de esta misión contemporánea de nuestra Iglesia es su compromiso de pobreza. Pues una actitud real y tangible de desprendimiento la hace solidaria de la situación general del continente y, por tanto, apta para contribuir a la elevación personal de los hombres latinoamericanos, al compartir su muerte. Si bien los hombres están llamados a poseer y usar los bienes de la tierra, la búsqueda de una verdadera pobreza por amor de Cristo, tiene el valor de un signo que ayuda a hacer más clara, sobre todo en la situación presente, la manifestación que la Iglesia debe hacer del Salvador de los hombres.

Libre así de ataduras temporales, de connivencias con los poderosos y del peso de un prestigio ambiguo, la Iglesia podrá hacer frente a una nueva evangelización del continente, que está dedicada, no a mantener una imagen de un cristianismo de alienamiento y ausencia respecto de la vida y las tareas temporales, sino a manifestar a Jesucristo presente. De este modo la Iglesia, comunidad que vive de la Palabra y del Sacramento, obtendrá de nuestros hermanos una adhesión adulta de la fe a Cristo, personal, consciente, traducida en la cooperación a la construcción de este mundo, y administrará sus sacramentos, como signo de una fe que se profesa y alimenta, de una fe que crece y se vuelve más activa por la caridad.

Así creemos que la Iglesia ha de responder hoy, después del Segundo Concilio Vaticano, en nuestro continente, a la realización del designio divino sobre el mundo y a la expectativa de los hombres, nuestros hermanos.

TERCERA PARTE

PROPIEDADES PASTORALES

Del diagnóstico presentado en la primera parte, resultan algunos rasgos que, más que otros, definen la situación actual de América Latina. Estos rasgos corresponden a la situación social del hombre latinoamericano, a su situación religiosa, y finalmente, a la Iglesia.

La *Realidad Social* del continente está caracterizada frecuentemente por una situación de subdesarrollo en que viven grandes masas. Su miseria perdura por los sistemas sociales injustos, que mantienen a las masas marginadas del proceso de desarrollo integral: económico, social, cultural, político y también religioso. (Sobre el desarrollo integral, cf.: Mensaje de Pablo VI al CELAM en Mar del Plata, así como la Encíclica sobre el desarrollo de los Pueblos).

La *Situación Religiosa* del hombre latinoamericano nos ha mostrado una gran complejidad. Predominan rasgos de una religiosidad popular, con la presencia de grupos que desean vivir un cristianismo más comprometido. Por otra parte está progresando el proceso de secularización, que no deja de afectar la fe del hombre creyente y que, de hecho, incrementa el ateísmo o el indiferentismo.

La *Iglesia* a la cual pertenece todavía oficialmente la gran mayoría de la población latinoamericana, se ve en una situación de convivencia con grupos que conciben en forma distinta los valores humanos y religiosos, lo que se llama el pluralismo cultural y religioso.

Frente a esta situación resulta ahora la inadecuación de las actuales instituciones y estructuras eclesíásticas para el cumplimiento de la misión de la Iglesia.

Prioridades en la respuesta pastoral de la Iglesia

Correspondiendo al fundamento teológico de la misión de la Iglesia en nuestro continente, la respuesta pastoral exigida por la realidad latinoamericana debe buscarse en el doble aspecto de la vocación humana: realización integral de la persona y su inserción en la comunidad. Las prioridades pastorales que indicamos a continuación, corresponden a los rasgos fundamentales de la realidad del continente, que acabamos de describir. Estas prioridades deberán realizarse de tal modo que atiendan ese doble valor, ya sea en la actuación de la Iglesia en la convivencia con todos los hombres, ya sea en relación con sus propios miembros.

Frente a la *situación de miseria*, la Iglesia ha de asumir un compromiso con el proceso de la promoción integral de todos los hombres y pueblos latinoamericanos, especialmente de los marginados. Esto exige de ella ir en defensa de los valores

humanos, denunciar las injusticias existentes, señalar la necesidad de reformas de estructuras y prestar su cooperación en la realización de reformas rápidas, urgentes y globales.

Frente a la nueva situación religiosa de pluralismo y secularización, se hace más urgente la tarea evangelizadora de la Iglesia. Desde una penetración más honda de la palabra de Dios se ha de considerar, por una parte, la necesidad de una toma de conciencia de los elementos positivos de esta secularización y, por otra parte, la creación de formas de transmisión de la fe, tales como las exige la sociedad en proceso de cambio, buscando una comprensión y una expresión más pura y auténtica del Evangelio y de la Iglesia. Esta transmisión de la fe ha de conducir a una adhesión personal, y por consiguiente complementaria, del hombre a Cristo.

Finalmente, se impone la necesidad de reformar las *instituciones y estructuras eclesíásticas*. Esto supone, ante todo, una toma de conciencia de la inadecuación de esas instituciones y, consecuentemente, un cambio de mentalidad hacia una Iglesia de servicio. Este cambio ha de llevar a comprender la necesidad de:

- un compromiso efectivo de pobreza, en consonancia con su propia vocación y por solidaridad con nuestros pueblos al servicio del desarrollo continental;
- una presencia de los cristianos en las instituciones de la sociedad, más bien que a la multiplicación de sus propias instituciones;
- unas estructuras eclesiales más colegiadas, que promuevan una participación más activa de todo el pueblo;
- un impulso en las necesarias reformas de los ministerios eclesiales, precisando sus funciones y buscando nuevas formas adecuadas a los tiempos.

A N E X O No. 1

**SOBRE: CELEBRACION DEL
MISTERIO LITURGICO
Realidad Latinoamericana**

Introducción y Principios de Base
Situación de las Comunidades
Situación del Clero
Una palabra sobre el Arte Religioso
Causas de esta Situación

**I. INTRODUCCION Y
PRINCIPIOS DE BASE**

La Iglesia anuncia continuamente y celebra cada día el Misterio Pascual de la Pasión gloriosa de Jesucristo Nuestro Señor, de su santa Resurrección del lugar de los muertos, y de su admirable Ascensión a los cielos. En esto consiste su misión esencial, pues así como Cristo fue enviado por el Padre, El a su vez envió a los apóstoles a *anunciar* a los hombres que el Hijo de Dios, con su Muerte y Resurrección, los libró del poder de Satanás y los condujo al Reino del Padre, y también para que, mediante el Sacrificio y los Sacramentos, *realizaran* la obra de salvación que proclamaban.

Es por eso que, en torno a la liturgia, se lleva a cabo la misión salvadora de la Iglesia, ya que por su medio "se ejerce la

obra de nuestra redención". La Iglesia podría en ciertos casos, verse impedida para intervenir en muchos campos de la promoción humana; pero nunca podrá dejar de anunciar a los hombres la salvación de Jesucristo, y celebrarla. Esto lo hace la Iglesia principalmente a través de la liturgia.

Frente a estos principios, son muchos los interrogantes que tenemos para hacernos; y, en primer lugar, no ciertamente si la Iglesia latinoamericana, proclama a estos pueblos la Buena Nueva y la celebra en su liturgia, sino hasta qué punto estos mismos pueblos han descubierto y encontrado en el Evangelio el mensaje de salvación, y en qué grado su participación en el culto cristiano -la celebración eucarística principalmente, y los sacramentos- es para ellos un signo-de *acogida*

de este mensaje y un *compromiso de adhesión*, que los lleve efectivamente a dar testimonio ante el mundo de la Palabra que han recibido y del Misterio que han celebrado. Eficaz y penetrante es la Palabra de Dios; pero vana y frustrada quedaría su eficacia si, por inadvertencia o descuido nuestro, su anuncio y celebración no lograra sus frutos.

Debemos también preguntarnos hasta qué punto el anuncio y celebración del Misterio nos ha llevado a hacer de nosotros una *comunidad de salvados*, un solo pueblo que, iluminado por la misma fe y animado por la misma esperanza, camina peregrino en la tierra uniéndonos a todos con los lazos de un mismo amor, y compartiendo con todos, los bienes que tenemos, atraídos por una misma caridad.

El Ministerio litúrgico debe ser celebrado por la Iglesia, no sólo de acuerdo con aquellas normas positivas que señalan las autoridades moderadoras del culto, sino también de conformidad con aquellos principios intrínsecos a la celebración, la cual debe impulsar los fieles ("impellit fideles", confr. Const. No. 10) a que, saciados con los Sacramentos pascuales, conserven en su vida lo que recibieron en la fe.

Estos mismos principios nos plantean el interrogante hasta qué punto, quienes tienen a su cuidado el ministerio litúrgico -Obispos, sacerdotes y diáconos-, son conscientes de todas sus responsabilidades y funciones en el ejercicio de este ministerio; y si los organismos que tienen a su cargo la regulación del culto litúrgico a los diversos niveles -universal, nacional, diocesano-, han descendido hasta las

exigencias últimas de la celebración litúrgica. Porque no se trata simplemente de realizar un rito prefijado, sino que una comunidad, tomada tal como ella es, pueda celebrar, comunitariamente, con una participación plena y activa de todo el pueblo ("totius populi plena et actiosa participatio"), el Misterio de su salvación. Cuando la celebración litúrgica no alcanza este objetivo, estará exigiendo, por sí misma, una posterior y más profunda adaptación. Es necesario ser suficientemente conscientes de ello.

Mas no se pueden alcanzar estas metas apriorísticamente; es necesario estudiar y conocer al hombre, sujeto de la comunidad, tal cual él es, no simplemente suponer como sea; es necesario conocer su idiosincrasia, su comportamiento, sus reacciones, sus diferencias casi radicales según las diversas culturas, pueblos y regiones, y tenerlas en cuenta. Es necesario por tanto que a la regulación litúrgica preceda un estudio antropológico, sociológico y psicológico, pues de otra manera corre el riesgo de no ser -como lo exige la celebración misma- una expresión de la comunidad.

Esta consideración nos plantea el problema de la *uniformidad litúrgica*, y hasta qué punto haya derecho legítimo a imponer un tipo uniforme de celebración, igual para todos; o si, por el contrario, estamos más bien obligados a pensar en la pluralidad de la celebración litúrgica.

A la luz de estos interrogantes trataremos de analizar la realidad latinoamericana, siendo conscientes de antemano que muchos aspectos escaparán a nuestra consideración.

II. SITUACION DE LAS COMUNIDADES

En una visión de conjunto, lo primero que se nos plantea es darnos cuenta del estado en que se encuentran nuestras comunidades en cuanto a la celebración del Misterio Litúrgico; y, en primer lugar, el aspecto cuantitativo y la participación externa.

Cuando el Concilio Vaticano II emprendió su tarea, de proveer a la reforma y al fomento de la liturgia, lo hizo con el propósito de acrecentar entre los fieles la vida cristiana (No. 1); de allí que con razón se esperaba que la reforma litúrgica contribuiría notablemente a un aumento de la práctica religiosa entre los fieles. Aunque carecemos de estadísticas exactas, la impresión general es, sin embargo, que la *práctica religiosa* no ha variado notoriamente.

No puede decirse lo mismo de la *participación externa* en la celebración litúrgica; todos sabemos que la participación en general ha mejorado: la oración en común; la comunión eucarística. Algo similar puede decirse de la participación en los Sacramentos: no es mucho lo que le corresponde al pueblo, pero en general su participación ha mejorado.

Pero el número y frecuencia de los participantes, lo mismo que sus actos meramente externos, no son el mejor índice para medir la religiosidad de un pueblo: de la misma manera que el incremento de la vida religiosa de una comunidad no consiste principalmente en el crecimiento cuantitativo o numérico, o en los actos externos de los participantes.

Lo religioso cristiano de una comunidad se mide, principalmente, por las motivaciones que conducen el pueblo a la liturgia, por el sentido o significado que para él tiene la asistencia o participación en una celebración litúrgica, y de modo muy especial por la repercusión que la celebración litúrgica ejerce en su vida. Los datos acerca de esto son el mejor índice para conocer la mentalidad religiosa de un pueblo y el grado de autenticidad cristiana de sus celebraciones.

Del mismo modo es igualmente importante conocer los motivos por los cuales otros muchos dejan de participar en las celebraciones litúrgicas, particularmente en la Misa dominical.

Carecemos de datos sobre la realidad actual en estos dos campos, y de base para un estudio comparativo con el pasado, que sería muy interesante; sin embargo, hay ciertos hechos indiscutibles.

En cuanto a la motivación, significación y repercusión vital de las celebraciones litúrgicas, se podrían considerar dos grandes sectores: el de los grupos selectos y el del pueblo en general.

En los grupos selectos se ha logrado, ciertamente, un enriquecimiento en la comprensión y vivencia de la liturgia, tanto en la liturgia eucarística como en la liturgia sacramental. Así mismo se ha incrementado la participación más íntima en el Misterio litúrgico por la comunión. La celebración litúrgica ha contribuido, también, a que estos mismos grupos se sensibilicen e integren, al menos parcialmente, en la comunidad, comprendiendo mejor las palabras del Apóstol

“formamos un solo cuerpo los que participamos de un mismo pan”.

La catequesis sobre la liturgia sacramental les ha permitido, también, a estos grupos selectos, descubrir y vivir el aspecto de compromiso que comporta la vida sacramental en general y la comunión eucarística en particular.

Estos datos que con satisfacción se pueden comprobar en diversos grupos selectos no han alcanzado todavía al *pueblo en general*. Las masas practicantes, han adquirido, sí, mejor comprensión de las acciones litúrgicas, la Misa y los Sacramentos, gracias sobre todo al uso de la lengua vulgar y a la catequesis litúrgica que se ha hecho. Más aún, el pueblo en general se siente ahora más satisfecho con la celebración de su culto en su propia lengua: creen que al fin se les ha reconocido el derecho que tenían a que su culto fuera celebrado con un lenguaje que, más o menos, pudieran entender.

Más o menos pudieran entender - hemos dicho- porque, e pesar de que la liturgia se celebra ahora en castellano, la mayor parte de las lecturas y oraciones siguen aún lejos de la captación de las grandes masas indígenas, campesinos, obreros, y de los niños. Ellos se dan cuenta que se les está hablando en su propia lengua pero en un lenguaje que ellos no alcanzan a entender. La liturgia sigue para ellos casi tan lejos como cuando la proclamación se hacía en latín. La cultura subyacente en los textos litúrgicos les es totalmente foránea. La catequesis -que falta no pocas veces- trata de subsanar esta inadecuación: pero éste es un remedio de parche. no de fondo.

Esto en cuanto a los textos. En cuanto a los ritos el problema es el mismo en el fondo: responden a otras culturas y a otras épocas. No puede decirse que los ritos reformados hayan puesto la liturgia al alcance del pueblo, aunque se reconozcan valores positivos. En general, la distancia sigue siendo la misma: el altar cara al pueblo, el uso del ambón o de la cátedra, comunión de pies, etc., han significado poco para las masas populares y no puede afirmarse que tengan ahora una liturgia nueva por la cual se sientan atraídos.

En algunos casos las reacciones han llegado a ser contradictorias, y aún contraproducentes; tales son, por ejemplo, cuando algunos fieles han recibido la impresión de que los católicos hemos adoptado el culto protestante; o cuando los fieles experimentan una cierta desacralización de su culto religioso - antes para ellos revestido de cierto mito o misterio-, no sólo por el uso de la lengua vulgar, sino por la forma vulgar como van celebrando los sagrados misterios.

Pero las acciones litúrgicas deberían calar todavía más hondo en el pueblo cristiano; ellas, y en particular la celebración de la eucaristía “*sacramentum efficiens unitatem*”, deberían ser creadoras de la comunidad. Ellas deberían conscientizar la comunidad de su unidad y de su solidaridad: la participación en ellas debería estar condicionada a ese compromiso de mutua solidaridad. Esta dimensión de la liturgia no hay indicios de que haya sido descubierta todavía por las masas practicantes.

Y los *no practicantes*? He aquí el gran interrogante en el diagnóstico de

nuestra vida religiosa en América Latina; primero, su número, cuyos porcentajes ignoramos, pero que todos sabemos superan en mucho los índices de practicantes; después, el por qué.

En medio de estos dos grandes grupos de practicantes y no practicantes, está el de los *practicantes ocasionales*, aquellos que sólo practican con ocasión de la fiesta del Patrono del lugar, el primer día del año, o eventualmente con ocasión de un matrimonio, un entierro, etc. Todas estas son formas típicas del hombre religioso latinoamericano, y ninguna de ellas se debe dejar de tener en cuenta, cuando se quiere tomar conciencia de él y de su vida religiosa.

III. SITUACION DEL CLERO

Comprendemos que no puede concebirse la comunidad sin pastores (presbíteros, obispos), y que en un análisis sobre el estado religioso de la comunidad deberían quedar incluidos, también, los ministros del Misterio litúrgico. Sin embargo, dado que su función en la celebración del culto es bien diferente, conviene tratarla separadamente.

Hablemos primeramente de los *sacerdotes*. La liturgia compromete en primer lugar al celebrante. Carecemos de datos suficientes para hacer un diagrama acerca de lo que la reforma litúrgica ha significado para los sacerdotes latinoamericanos, pero a falta de ellos tenemos algunos que pueden ser índices de esa realidad.

Entre otras corrientes que han sacudido y sacuden al sacerdote latinoamericano, está la reforma litúrgica. Esta lo ha

llevado -entre otras causas- a plantearse problemas teológicos y pastorales más profundos, y hasta la autenticidad de su propio ministerio. Algunos, por desgracia, han descubierto la inautenticidad de su vocación o de su ministerio, y lo han abandonado; otros, más desgraciadamente aún, han descubierto la misma realidad de inautenticidad en su vida de ministros sagrados, y continúan sin embargo ejerciendo el ministerio de la palabra y del culto, forzados quizás por diversas circunstancias. Estos casos, de acuerdo con los datos que se tienen, son mucho más numerosos y frecuentes de lo que ordinariamente se piensa.

Por otra parte, la reforma litúrgica ha intensificado la autoformación del clero, y el interés por la teología y pastoral litúrgicas. Desde el punto de vista de la acción pastoral ha sido, quizá, el campo en que el clero se ha visto más comprometido en llevar adelante la reforma conciliar.

La reforma litúrgica ha servido, también, a muchos, para descubrir la importancia y valor de la liturgia de la Palabra, y la eficacia de la predicación. Esto ha contribuido en muchos casos a que la predicación se prepare con mayor cuidado, y en otros ha hecho más sensible que antes el descuido o incompetencia de muchos para hacer el anuncio del Evangelio. Se debe notar que esta incompetencia se debe en muchos casos, no propiamente a vacíos teológicos-bíblicos, que también los hay, sino a una desadaptación del mensaje en relación con aquellos a quienes se transmite. Su palabra se vuelve vana porque no toca los problemas que afectan al hombre moderno, o no alcanza a penetrar a lo hondo de este mismo hombre.

El automatismo litúrgico de antes, acompañado o no de devoción, ha sido reemplazado por una conciencia más actual de ritos y gestos, precedidos generalmente de alguna más o menos cuidadosa preparación; ya no se va al altar a ejecutar una acción en la que una dinámica de rutina estaba en operación desde el principio hasta el fin; pero también las deficiencias de aquéllos que no preparan sus celebraciones se hace más notoria.

La reforma litúrgica -que implica un cambio de mentalidad y actitud de parte del celebrante- encontró impreparada buena parte del clero, que es el encargado de transmitirla al pueblo; de allí que en no pocos casos, ni los ministros ni el pueblo, pudieran aprovecharla suficientemente. La falta de una adecuada catequesis para el pueblo trajo como consecuencia que éste no pudiera aprovechar las reformas.

Entre otros cambios de actitud por parte del celebrante está su función presidencial de la asamblea: ésta es su *función principal*; muchos sacerdotes sin embargo siguen celebrando, no como quien preside una asamblea, sino como quien ejecuta un espectáculo.

Un individualismo arraigado se sigue manifestando en la acción litúrgica por parte de los celebrantes, tanto en su comportamiento personal, como en la poca o casi ninguna participación que le permiten a la comunidad en ministerios que le son propios, como las lecturas, los cantos, etc., Además, la estructura material de muchas iglesias, como la formal de los ritos, son un obstáculo que favorece el individualismo del celebrante y dificulta su función presidencial.

Se ha producido, también, excesos, por parte del clero, más no todos deben calificarse de arbitrarios; lo son, ciertamente aquéllos sin suficiente base teológica y pastoral. Por el contrario, hay elementos que, por principio, se oponen a toda renovación. Ni son escasos los que por negligencia o pereza, no llevan adelante la reforma litúrgica, como los que, por motivos económicos, se oponen a la renovación. La relación que todavía existe entre culto litúrgico y beneficio económico, es un obstáculo a los objetivos pastorales de la renovación litúrgica.

Hasta aquí hemos hablado de los presbíteros: fijemos ahora nuestra atención en la figura del *obispo*. Su papel en la liturgia es doble: como celebrante de la misma, y como moderador dentro de la diócesis.

Los obispos, como *celebrantes* de la acción litúrgica se encuentran en general en las mismas condiciones que los presbíteros. Como *moderadores* de acción litúrgica en la diócesis se puede observar lo siguiente:

En general se han preocupado por impulsar la reforma litúrgica, preparar a su clero, impulsar la renovación, y aplicar la Constitución y las reformas del Consilium. Igualmente han intervenido en los seminarios para una mejor formación y preparación de los futuros sacerdotes. Algunos de ellos han impulsado el canto folklórico y adelantado algunas experiencias; esto se da en casos aislados.

Sin embargo, en la mayor parte de ellos les falta conciencia de ser en sus diócesis los moderadores de la liturgia diocesana, a quienes corresponde preci-

sar las leyes de la Iglesia, adaptándolas, según su propio criterio, a las necesidades concretas de sus diócesis (Const. Igl. No. 26). Son tímidos; su inseguridad no les permite actuar por sí mismos y cumplir con sus propias responsabilidades diocesanas, sino en dependencia o subordinación a personas u organismos superiores. En muchos casos se han elevado consultas al Consilium sobre cuestiones que las podían resolver más acertadamente los obispos de la diócesis.

Muchos de los obispos se han dejado llevar de cierto conformismo o insuficiente dinamismo para llevar adelante la renovación litúrgica; en otros prevalece la mentalidad juricista sobre la pastoral; exigen el cumplimiento de la letra, no el espíritu de la reforma; muchos de ellos han reducido su actitud a la represión de excesos y abusos, a veces en cuestiones tan accesorias, que, a los pocos días, han perdido toda su validez por un decreto nuevo del Consilium. Estos casos han sido demasiado frecuentes.

IV. UNA PALABRA SOBRE EL ARTE RELIGIOSO

Otro de los aspectos bajo los cuales debe ser considerada la reforma litúrgica en Latinoamérica, es el del arte sagrado. En este campo se debe lamentar la falta de creación por parte de los artistas, y de orientación por parte de los organismos competentes, en la arquitectura, la escultura, la pintura, los ornamentos y utensilios sagrados, y las artes plásticas en general. Se han dado pasos positivos, pero éstos no pasan de ser casos aislados, de iniciativa privada, que frecuentemente reciben la crítica, no el apoyo y orientación, de la autoridad competente.

En cuanto al uso de instrumentos musicales, las experiencias son pocas y en casos aislados. Faltan estudios serios sobre la materia; y, en cuanto a las reacciones y actitudes de las autoridades eclesiales, vamos a exponerlo a continuación.

V. CAUSAS DE ESTA SITUACION

Bien conocidas son las causas de los frutos positivos de la reforma litúrgica; nos interesa conocer ahora las causas de los aspectos negativos. La última parte del artículo sobre la actitud de algunos obispos frente a la reforma litúrgica, nos insinuaba ya algunas de las causas a nivel diocesano; digamos lo mismo de la actitud de algunos sacerdotes al nivel parroquial. Pero existen todavía causas más profundas, a niveles más elevados.

Si analizamos la reforma adelantada por el *Consilium* y sus repercusiones latinoamericanas, nos encontramos con diversos hechos.

La falla quizás más grave de la reforma del Consilium es su relación con la América Latina es la falta de dimensión antropológica. La reforma llevada a cabo por el Consilium no interpreta al hombre latinoamericano, ni expresa plenamente la fe del creyente frente a sus exigencias. No afirmamos lo anterior porque haya "un tipo" de creyente latinoamericano, sino precisamente por todo lo contrario; porque la América Latina nos ofrece una variedad inmensa en la gama humana, social, cultural, etc.

La reforma litúrgica que adelante el Consilium se ha edificado sobre la base de estudios muy profundos de carácter histórico, arqueológico, teológico, y también

pastoral desde un ángulo muy limitado; pero lo cierto es que no ha precedido una investigación sociológica de las diversas comunidades humanas a las cuales va dirigida la reforma litúrgica, como tampoco se ha tenido en cuenta suficientemente la mentalidad de los fieles.

Los indígenas, por ejemplo -para no hablar sino de 35 millones que representan la población indígena de la América Latina-, tienen una mentalidad demasiado arraigada: son demasiado lentos para admitir cambios así religiosos como de cualquier otro género; con ellos es indispensable ir por etapas. En iguales circunstancias se encuentra una buena parte de la población negra, 15 millones, y la población rural no indígena, la cual representa en América Latina más de un 45%. Estos hechos bastan para mostrar lo inadecuado de una reforma universal, uniforme y obligatoria. Sólo una reforma elástica y flexible puede aceptarse para estos grandes núcleos de población.

La reforma litúrgica se encuentra desadaptada por su base, porque ritos uniformes y leyes uniformes, suponen mentalidad y cultura también uniformes; en América Latina encontramos verdaderos abismos en los niveles culturales y en las formas como se expresan las diversas culturas. Por una exigencia intrínseca de la liturgia, que debe ser una interpretación de la religiosidad y expresión de la fe del creyente, la liturgia debería tener la capacidad de adaptarse a las diversas culturas del hombre latinoamericano.

La liturgia actual, inclusive la liturgia renovada por el Consilium, es todavía una liturgia que revela una cultura subyacente, anacrónica e inexpressiva de los senti-

mientos religiosos y formas culturales del hombre latinoamericano. El creyente latinoamericano está apegado a sus formas y modos de expresar su fe en Dios, en una palabra, su vida religiosa, tanto con acciones privadas como con actos colectivos. Y todo este culto se realiza al margen de la liturgia, con los consiguientes peligros de superstición, fetichismo y sincretismo.

El Concilio fue, no sólo amplio sino amplísimo en este campo, y no nos queda sino deplorar el hecho de nada haber hecho. El No. 38 dice que "salvada la unidad sustancial del rito romano, se admitirán variaciones y adaptaciones legítimas a los diversos grupos, religiones, pueblos, especialmente en las misiones, y esto se tendrá en cuenta al establecer la estructura de los ritos y las rúbricas".

El número 40 va más allá, y establece que "en ciertos lugares y circunstancias urge una adaptación más profunda de la liturgia. Por tanto, la competente autoridad territorial considerará los elementos que se pueden tomar de las tradiciones y genio de cada pueblo para incorporarlos al culto divino. La misma Sede Apostólica concederá a la autoridad eclesiástica territorial la facultad de permitir y dirigir las experiencias previas necesarias".

Luego, si por una parte, hay desadaptación en los "patronos" universales que prepara el Consilium, por otra ha faltado afán e interés por parte de la autoridad territorial de los diversos países de América Latina para afrontar reformas más profundas.

De otra parte, el Consilium ha dejado a muchos Episcopados con la impresión de que no sabe para dónde va, y de una

cierta inseguridad en la línea de la reforma; otros han estimado discutible su autoridad cuando, por ejemplo, la Secretaría del Consilium ha dado una orientación o respuesta sobre una cuestión determinada. Además, el hecho de que la reforma se vaya adelantando por partes, lentamente, y no en forma completa y global, ha creado la inconformidad de muchos obispos que preferirían esperar a que la reforma estuviera concluida.

Esa lentitud, explicable cuando se trata de reformas profundas, es poco menos que concebible en cuestiones leves que exigirían una rápida solución, pues mientras tanto favorecen la anarquía. De hecho los sacerdotes se adelantan por su propia cuenta, y al fin la autoridad no tiene otro camino que ceder, como lo hemos venido comprobando en multitud de circunstancias: oraciones, prefacios, canon, fórmulas sacramentales, etc., entre los textos; genuflexiones, cruces, ornamentos, etc., entre los ritos. Con sobrada razón de-sean los obispos que el Consilium defina su actitud, para saber ellos a qué atenerse, sin temor a medidas arbitrarias, súbitas e im-previstas. Desean así mismo se lleve adelante con mayor rapidez la reforma sacramental, especialmente la de la Penitencia.

Se le critica todavía al Consilium la demasiada centralización en las gestiones decisorias, por ejemplo, en el uso de las traducciones. Y, para agravar la situación, se concede en ciertos casos un poder decisorio -como sucedió con el Canon- para luego, en menos de tres meses, aprobar un texto definitivo.

Finalmente, obispos, sacerdotes y liturgistas, ven que la liturgia se empobre-

ce; se quitan ritos y gestos, pero no se fomentan aquéllas que tienen sólida base en celebraciones paralitúrgicas del Misterio Pascual. No es de extrañar que muchos fieles reciban la impresión, no ya de que les cambian la religión, sino que la religión se les está acabando.

Pasando ahora al CELAM y al Departamento Litúrgico, creemos que no han estado exentos de responsabilidad en la actual situación religiosa de la América Latina; y esto por dos razones principalmente. Primera, porque no han adelantado estudios sobre la figura antropológica del hombre latinoamericano, estudios que podrían poner al servicio de las Conferencias Episcopales; y, segundo, porque el CELAM hasta el presente se ha contentado con aceptar y transmitir lo que viene del Consilium, cuando su fuerza hubiera sido avasalladora para obtener otro tipo de reforma. Desafortunadamente ha faltado unanimidad en la posición de los Episcopados, lo cual ha retardado y aún entorpecido en ciertos casos la reforma litúrgica, impidiendo al CELAM tomar una actitud más pastoral frente a la reforma.

También le ha faltado al Departamento de Liturgia, un mayor contacto con las realidades nacionales; no ha tenido vehículos de información y comunicación -ahora tiene la revista AMEN-; igualmente le ha faltado el mutuo aprovechamiento en campos en los cuales es posible la colaboración internacional, como el canto -ahora se está haciendo-; tampoco ha ilustrado suficientemente a las Comisiones Nacionales sobre sus posibilidades, aunque la reciente gira se hizo en gran parte con ese fin.

Pero donde parece estar situada la

máxima responsabilidad de esta situación es en las Conferencias Episcopales y en las Comisiones Nacionales de Liturgia.

Hay países en los que no existe Comisión Nacional de Liturgia, o existe apenas nominalmente. La mayor parte de ellas no tienen suficiente conciencia de su papel y responsabilidad en la era postconciliar. No se han preocupado por formar personal dirigente; no tienen un responsable permanente, o carecen de presupuesto; usan elementos inactivos o buscan intencionalmente sujetos incondicionales para el plano ejecutivo. No informan a las Comisiones diocesanas. En algunos casos, compromisos ajenos a la pastoral coartan y dificultan la acción pastoral de al Comisión.

La mayor parte de las Comisiones se han ocupado en transmitir lo que viene del Consilium, pero no de transmitir al Consilium las exigencias regionales. Teniendo a su mano el uso de paraliturgias como expresión del culto cristiano, no lo han hecho, como tampoco se ha visto un interés particular para integrar las devociones populares en el culto litúrgico.

No se sabe de ninguna Comisión que haya hecho estudios serios sobre la religiosidad popular, y sobre la manera de integrarla en la liturgia según los principios de la Constitución. El CELAM tampoco ha adelantado nada en este campo. Bien se comprende que ésta debería ser la base para responder adecuadamente al alma religiosa del hombre latinoamericano.

La mayor parte de las Comisiones carecen de la asesoría de peritos o de los institutos de liturgia; o, lo que es peor, desconfían de ellos. Comisiones confor-

mistas, con insuficientes dinamismo, y una mentalidad juricista más que pastoral. Comisiones que no impulsan ni aprovechan lo que se hace a niveles diocesanos, o no apoyan las experiencias llevadas a cabo por otros obispos, y a veces se lo impiden o rechazan. Este tipo de Comisión, no receptiva, rechaza igualmente las iniciativas de otros países, o del CELAM: están encerradas en sí mismas; autosuficientes. Comisiones desconectadas en la línea vertical ascendente hacia una colaboración latinoamericana, o descendente en la colaboración con las diócesis.

Finalmente, donde parece estar radicada la máxima responsabilidad, es en la competente autoridad territorial, que es la Conferencia Episcopal. Las Comisiones nada pueden hacer sin el apoyo de las Conferencias; éstas sin embargo, no respaldan ni permiten la acción de las Comisiones, asimilando la Comisión de Liturgia a otras Comisiones que son simplemente de estudio o información. Supeditan la aprobación de sus decisiones al plenario de la Conferencia, haciendo inoperante su actividad. No tienen confianza ni seguridad en sus propias Comisiones de Liturgia, y las consideran como simples intermediarios para transmitir lo que viene del Consilium.

Lo más grave de todo es que no sabemos de ninguna Conferencia que se haya planteado el problema de la adaptación antropológica, social y cultural de la liturgia a sus diversas regiones. Daría la impresión que es lo mismo celebrar la Misa en la catedral primada, que en una población rural indígena. Y lamentablemente no existe unanimidad en los miembros del Episcopado acerca de la necesi-

dad de que la liturgia sea una expresión auténtica de la fe del creyente, y se discute si conviene respetar y fomentar los valores autóctonos, adaptando la reforma litúrgica a esos valores.

Hay en las Conferencias Episcopales, obispos que son sensibles a las necesidades y exigencias religiosas de su pueblo, y desearían su solución al tenor del artículo 37 de la Constitución; pero al mismo tiempo ven coartada su posibilidad por el artículo 22, que supedita las decisiones al plenario de la Conferencia. Y es aquí donde se presenta el problema, porque no todos comprenden y son igualmente sensibles a esas exigencias de adaptación. Los hechos demuestran que, cuando un obispo adelanta algunas experiencias por propia iniciativa, porque juzga que así se lo exige el ejercicio de su misión pastoral, se crea el recelo, la desconfianza y aún el

aislamiento de sus propios colegas en el Episcopado. Todo esto impide que la liturgia llegue a estar encarnada en la vida del pueblo.

Ignoramos igualmente que haya alguna Conferencia que se haya planteado en serio el problema de la diversidad de ritmo o aceleración en la evolución y adaptación de la reforma litúrgica. Se planifica y se decreta, no sólo como si todas las comunidades se encontraran en el mismo nivel cultural y social, sino como si todos los individuos evolucionaran al mismo ritmo.

Mientras todos estos factores no se estudien y tengan muy en cuenta, nada de extraño que nuestra liturgia se encuentre desencarnada de la realidad, y por lo tanto no sea una celebración auténtica del Misterio.

ANEXO No. 2

**SOBRE: LA IGLESIA EN SU
UNIDAD VISIBLE
Realidad Latinoamericana**

Obispos
Presbíteros
Religiosos
Diaconado
Vocaciones
El Laico en la Iglesia
Seminarios
Parroquia
Diócesis
Conferencias Episcopales
El CELAM
Bienes Temporales

I. OBISPOS

Analizamos la Iglesia en su unidad visible "como sacramento que es en Cristo" de la íntima unión de los hombres en Dios y de la unidad del género humano. En otras palabras: la Iglesia, como signo privilegiado y decisivo, está al servicio del misterio de la salvación, es decir, de la plena realización de los hombres en Cristo, en América Latina.

Desde este punto de vista procuramos enfocar los doce temas siguientes:

1. Su imagen

Aspectos negativos:

Aún subsiste en algunas partes la imagen del Obispo dueño de la diócesis, con una comunidad a su servicio, administrador más que pastor, regente más que padre. De un Obispo apegado a título y vestimentas llamativas, que no discierne bien los carismas y cree tener su monopolio. Dueño único de la verdad, que no

necesita asesores. Que vive en otro mundo distinto a aquél en que se halla su pueblo.

Aspectos positivos:

Contribuyeron a dar a la Iglesia de hoy el Concilio Vaticano II. Además, se perciben esfuerzos serios por transformar las curias de organismos administrativos en organismos pastorales. Hay preocupación de un "presbiterio" auténtico que no sea sólo la expresión jurídica de una norma, por la aplicación del Concilio a distintos niveles, por planes de pastoral de conjunto, por construir la comunidad de la diócesis con todos los integrantes de la misma. Se dan ejemplos de Obispos que han renunciado a sus diócesis y a la propiedad de bienes materiales, Obispos que entienden la autoridad como servicio al Pueblo de Dios, Obispos que cada día adquieren más autonomía frente al poder civil.

2. El Obispo y la promoción humana

Realidades negativas:

En este sentido no se hicieron sentir suficientemente en el Concilio. Se dan excesos en la función de subsidiaridad y muchas veces se vician los objetivos de la labor subsidiaria, quitándole autenticidad con motivos moralizantes y con actitudes de preservación y defensa. Se los ve con frecuencia ubicados al lado de los poderosos, apoyando a partidos políticos, negando respaldo a laicos y sacerdotes comprometidos con la promoción humana, sin una presencia activa en los problemas del subdesarrollo, aislados por un estilo de vida anticuado que les quita posibilidad de acceso a muchos sectores sociales y comunidades naturales.

Realidades positivas:

No sólo existen algunos Obispos empeñados en labores de promoción humana, sino que en algunas regiones un buen número de ellos trabajan para este fin en planes de conjunto. Otros se integran en planes de promoción que realizan organismos nacionales o internacionales. Muchos han entregado y están entregando propiedades diocesanas para una auténtica reforma agraria que signifique promoción humana y no simple división de tierras sin sentido alguno.

3. El Obispo y la evangelización

A pesar de ser el Obispo el principal responsable de la evangelización, se observa con cierta frecuencia que no tiene ideas suficientemente claras de lo que ella significa. Desconoce muchas veces la situación de la fe de su pueblo y lo que debe emprender para la evangelización del mismo.

4. El Obispo y la catequesis

Del deficiente conocimiento de su pueblo por parte del Obispo se desprende que no acierta a educarlo en la fe y frecuentemente trata de llegar a él con un lenguaje incomprensible. Quizás sea en la catequesis en donde más se haya trabajado, pero ello no obsta para que la anterior aseveración sea en términos generales valedera.

5. El Obispo y la liturgia

Tiene conciencia de su misión litúrgica?. Tiene conciencia de que la liturgia es la celebración y alimentación de la fe de su pueblo?. Tiene conciencia de

que la liturgia forma y perfecciona la comunidad?. Del hecho de que no aparece visiblemente, cada día o con la mayor frecuencia posible, como liturgo se desprendería una respuesta negativa a cada una de estas preguntas.

6. El Obispo y el ecumenismo

Lo que se ve realizado en algunos casos, aparece como una línea que debería ser adoptada en forma general, a saber:

Para dar cumplimiento a las directivas del Concilio, se ve necesario que el obispo profundice en la unidad de su propia Iglesia, que se aplique a conocer la realidad ecuménica, que elija los elementos más aptos de su diócesis para la realización del ecumenismo, y que dé un testimonio de amor sincero a los hermanos separados.

Observaciones: De acuerdo con las indicaciones del Concilio Vaticano II, es conveniente revisar el papel que deben realizar los Nuncios Apostólicos en América Latina. Si bien es verdad que algunos han asumido funciones específicamente episcopales que no les corresponden, también es cierto que ello ha sido consecuencia de la actitud de "dependencia" que los Obispos adoptaron frente a ellos.

Sería urgente revisar también el mecanismo de criterios que hacen a un sujeto capaz de desempeñar el servicio episcopal en medio de una porción concreta del Pueblo de Dios.

El Obispo no puede ser el "factotum"; debe jerarquizar valores y promover auxiliares. No debe ser especialista en todo, sino el gran coordinador de

la pastoral diocesana, con una adecuada competencia general.

II. PRESBITEROS

1. Conciencia de sí mismo y de su papel en la comunidad Eclesial

Aspectos negativos:

No suelen sentirse constructores de la comunidad diocesana o eclesial sino simples ejecutores de ella. Para muchos su ubicación dentro de la Iglesia y el mundo no es clara, lo que los hace sentirse muchas veces irrealizados o fracasados. Carecen de instrumentos para un diálogo fácil con su Obispo, su comunidad y su mundo; por la formación individualista que han recibido, no se sienten miembros de una comunidad presbiteral. Todo esto, unido a problemas de fe, de inseguridad social, y a una formación espiritual inadecuada, lleva a muchos de ellos a crisis y tensiones que parecería que aumentan en número, en intensidad y de acuerdo con la calidad de los sujetos.

La unicidad de la actual tipología sacerdotal, que no prepara para la diversidad de apostolados, ayuda también a dar un sentido de irrealización personal.

Todo este aspecto negativo es causado y amparado, en gran parte, por algunas estructuras actuales, por lo que su estudio y solución no debe considerarse sólo con relación a las personas sino también a las estructuras mismas.

Aspectos positivos:

En algunas partes hay no sólo ensayos sino serio funcionamiento de consejos

presbiterales -pastorales- y de reuniones interdiocesanas y regionales. Se han realizado estudios concienzudos sobre el sacerdocio y su misión. Los cursos de renovación y puesta al día han ayudado a promover un sacerdote más auténticamente encarnado y solidario con los problemas humanos de su tiempo, abriéndolo también a una vivencia más profunda de su fe. Hay sacerdotes que viven algunas formas de comunidad entre sí y aún con los laicos.

2. Conciencia dentro de las funciones de la Iglesia

- a) Presbítero y evangelización
- b) Presbítero y liturgia
- c) Presbítero y caridad

Todo lo relacionado con estos tres puntos tiene referencia, guardadas las debidas proporciones, a lo dicho respecto de los Obispos, por lo que se puede aquí aplicar aquellas mismas comprobaciones.

3. Presbítero y promoción humana

También aquí valen las aseveraciones hechas en el capítulo anterior sobre los Obispos.

III. RELIGIOSOS

1. Número

Conviene recordar que el 90% del personal apostólico de América Latina es religioso. De este personal 140.000 son religiosas, 23.000 sacerdotes religiosos y 20.000 hermanos. Esto significa una fuerza apostólica decisiva en la Iglesia de América Latina.

2. Colaboración apostólica

Aspectos negativos:

Existe una notoria falta de coordinación e integración con el clero diocesano. No todas las obras que realizan corresponden a las prioridades pastorales ni a los sectores más necesitados. Lamentablemente el potencial que significan las religiosas no está debidamente aprovechado.

Aspectos positivos:

Se advierte una mayor disponibilidad y deseo de colaborar en la actividad apostólica de la Iglesia, aunque en la mayoría de los casos no se pueda encauzar por ausencia de planes de pastoral en que puedan insertarse. La actividad apostólica desplegada en el campo de la enseñanza, con ser en algunos casos muy valiosa, resulta un contratestimonio frecuente, por cuanto casi siempre está vinculada a las clases pudientes; aunque a nivel personal los miembros de esas comunidades pueden estar viviendo con espíritu de pobreza.

3. Integración en la comunidad eclesial local y relación entre congregaciones

Aspectos negativos:

La impresión general es que las comunidades religiosas se mantienen muy cerradas, muy interesadas y responsables en lo que se refiere a la propia congregación pero poco en lo que se refiere a la Iglesia local. La relación con otras congregaciones es deficiente, y lo mismo con

los miembros de otras comunidades. La falta de conciencia de la misión de la religiosa en la comunidad eclesial lleva a serios dramas interiores y frustraciones de muchas personalidades.

Las conferencias de Religiosos, como órganos de coordinación y unión entre las congregaciones, no tienen el debido dinamismo y responsabilidad.

Aspectos positivos:

Existen algunas comunidades bien integradas y comprometidas con la comunidad parroquial o diocesana, precisamente en los lugares en donde se realiza una acción apostólica más acorde con las exigencias de la Iglesia de hoy. Una toma progresiva de conciencia de la importancia que tiene para la realización plena de la religiosa su inserción en la comunidad eclesial la lleva a una gran disponibilidad en las orientaciones pastorales que reciba.

4. Comunidad Religiosa como tal

Aspectos negativos:

Muchas veces no se aprecia la necesidad urgente de una verdadera renovación de la vida religiosa que debe ser general y profunda. La falta de una sólida formación no lleva a interpretar el llamamiento de la Iglesia en este sentido. Hay serios problemas de falta de respeto a la persona humana y se advierte poco la necesidad de respetar las características humanas y pastorales de los países latinoamericanos. La fraternidad, esencial en la vida religiosa, no es hoy un testimonio claro para el mundo. Es urgente que los centros de decisión estén dentro del

continente y que los miembros de las distintas comunidades se sientan corresponsables en la construcción y orientación de ellas.

Aspectos positivos:

Hay un anhelo muy profundo, particularmente entre las religiosas y en las generaciones jóvenes, de renovación verdadera. En este sentido se están haciendo experiencias valiosas de nuevas formas de vida religiosa. La presencia de institutos seculares en Latinoamérica y latinoamericanos abre nuevas esperanzas en el campo de la evangelización.

La vida de oración ha ganado mucho con la renovación litúrgica y la mejor formación bíblica. Se advierte un deseo sincero de profundizar en estos dos aspectos.

IV. DIACONADO

En teoría se nota cierto interés respecto del diaconado por parte de algunos episcopados, aunque no corresponde ciertamente al que manifestaron muchos de los Obispos en el Concilio. No hay conciencia clara sobre el diaconado ni sobre las razones de índole teológico-pastoral que lo hacen necesario en la vida de la Iglesia, aún prescindiendo del problema de la escasez de vocaciones sacerdotales.

Estadísticamente, hasta el mes de noviembre de 1967 se comprueba que la conducta de las Conferencias Episcopales era ésta: sobre 21 Conferencias Episcopales 11 lo habían aprobado, 9 habían pedido autorización a la Santa Sede, 5 habían elaborado proyecto de restauración y 4 habían iniciado experiencias de

formación de diáconos. Sólo un país ha hecho una reflexión teológica-pastoral previa, antes de iniciar experiencias.

En mayo de 1968 se realizará un encuentro latinoamericano sobre el diaconado con el objeto de encontrar algunas orientaciones para la restauración y el ejercicio del mismo en el continente.

V. VOCACIONES

1. Desde el punto de vista *negativo* se echa de ver la ausencia casi total de una pastoral juvenil en la que se integre como elemento fundamental la pastoral de las vocaciones. En gran número de organizaciones y movimientos juveniles, lo mismo que en la pastoral general de la Iglesia, no se ayuda convenientemente a los jóvenes a optar por una vocación específica dentro de ella. Hablando en general, la comunidad cristiana como tal no se siente responsabilizada de su papel en la pastoral vocacional. Lamentablemente sigue subsistiendo en algunos sectores un trabajo vocacional de "pesca". Es corriente una segregación racial de hecho. No hay cultivo de las vocaciones sacerdotales y religiosas que ciertamente existen en todas las cristiandades indígenas y negras del continente latinoamericano.

2. Por la parte *positiva* se comprueba que en los últimos años, y sobre todo a partir del Concilio, se han venido realizando tanto en el plano nacional como en el latinoamericano reflexiones muy serias sobre pastoral vocacional, que están orientando en forma segura la acción de la Iglesia en este campo.

No se puede pasar por alto el influjo que la imagen concreta del sacerdote y del

religioso ejerce en los jóvenes, sea en pro o en contra, y cómo esa imagen es un factor determinante para abrazar o no la vida sacerdotal y religiosa.

VI. EL LAICO EN LA IGLESIA

Se podrían describir así las diversas posiciones en que se hallan los laicos respecto de la Iglesia:

a) La *masa*, que en su mayoría no se ha enterado de la renovación que se está obrando en la Iglesia o que no la ha entendido. Los signos externos de esta renovación, como las modificaciones en la Liturgia, no han logrado influir en el cambio de su actitud puramente receptiva o de indiferencia. Las posiciones adoptadas por los últimos Papas y por el Concilio les han llegado sin relieve ni trascendencia a través de sintéticas noticias de prensa o de hechos muchas veces deformados por la misma prensa.

b) Un *núcleo*, en el que se ha despertado en los últimos años una viva preocupación por la Iglesia:

- Unos porque han descubierto en el depósito revelado una luz para sus vidas;
- Otros porque, mediante la Iglesia como institución, esperan ver realizados los ideales de consagración del mundo y efectividad apostólica (no proselitismo triunfalista) que les reveló el Concilio.

1. Laicos preocupados

Este núcleo de fieles, en razón de las motivaciones en que se basa su preocupa-

ción, se encuentra dividido en diversos sectores o grupos:

a) Los impacientes por la renovación que para ellos no corresponde a sus esperanzas.

b) Los que no ocultan su disgusto con la Iglesia porque interpretan los cambios como concesiones al protestantismo o al socialismo.

c) La gran mayoría que declara su entusiasmo por el Concilio y por las actitudes de los últimos Pontífices frente al mundo, pero que no se incorpora a esa actitud por falta de motivación y promoción.

d) Participan del grupo anterior los que sin extremismos dan a conocer su reproche por la lentitud con que la Iglesia se encarna en el nuevo espíritu y en las decisiones conciliares.

e) Hay un reducido grupo de seculares que, aunque preocupados por el apostolado, continúan en una religión de prácticas y no de vida, sin romper su viejo estilo que los separa del mundo real de los hombres.

f) Por último, los que han tomado conciencia de la renovación e individualmente integrados en organizaciones o movimientos están haciendo esfuerzos para lograr la renovación en el nuevo espíritu.

Estos laicos preocupados son poco numerosos en el campesinado, iniciados ya en el mundo obrero, con grupos dinámicos entre las juventudes estudiantiles, obreras y campesinas, numerosos única-

mente en la clase media; en las clases altas hay pocos elementos pero representativos e influyentes.

2. La motivación de sus actitudes

a) El laico tiene todavía la impresión de encontrarse frente a una Iglesia más canónica que teológica.

b) Hay una crisis latente de confianza recíproca entre el gobierno eclesiástico y la iniciativa del laicado, que en algunos lugares llega a verdaderos conflictos o por lo menos agudas tensiones.

c) Los laicos desean que se les ayude a relacionar su fe con su vida diaria y quieren contribuir a orientar hacia Cristo el mundo. Pero tropiezan muchas veces con el temor al riesgo que ha hecho fracasar tantas posibilidades o se estrellan contra las disculpas de que no se puede dar responsabilidad a los laicos "porque no están formados".

d) Aspiran los laicos a que se tome en serio su mayoría de edad, tan a menudo proclamada, y que por tanto se les permita desarrollar una tarea personal e institucionalizada que no quede más acá de sus posibilidades y de su derecho a ser más.

e) Por otra parte, la mayoría de nuestras organizaciones de seculares están tocadas de una alarmante timidez apostólica. Esta timidez impide que satisfagan al laico.

Es preciso dejar constancia de que el laico reconoce su parte de culpa en muchas de estas deficiencias y que en América Latina, como en el resto del mundo,

se está viviendo una crisis entre dos mentalidades.

VII. SEMINARIOS

La transformación del mundo y la renovación de la Iglesia repercuten en los seminarios con singular fuerza. El Decreto conciliar sobre la formación sacerdotal (No. 1), al conceder papel tan decisivo a las Conferencias Episcopales en la orientación de ellos, ha abierto un campo muy grande para serias experiencias y transformaciones fecundas.

Los hechos que se enunciarán (tanto positivos como negativos) son comprobaciones reales, pero muchas veces no pueden reducirse a cifras dado que con pocos meses de diferencia varían las realidades dentro de un mismo seminario (por cambio de obispo, superiores, etc.); parece, sin embargo, que tales son las líneas fundamentales que se dan por toda América Latina.

Pre-Seminarios

En la mayor parte de los países, siguiendo los más sanos principios de psicología, han desaparecido casi totalmente.

Seminarios Menores

Hay una decidida intención de adaptarlos a los tiempos nuevos, pero no se puede dejar de reconocer una muy fuerte corriente que los discute en cuanto tales.

Donde existen, normalmente se está trabajando para adaptarlos a los tiempos actuales: mayor apertura a las realidades

del mundo, a la familia, etc. Se comprueba además renovación en los métodos pedagógicos, aplicación de la sana psicología, inquietud por una más completa preparación del personal educativo, incorporación de profesorado laico: masculino y femenino.

Algunos tratan de abrir el objetivo de los Seminarios Menores a un concepto más amplio, con el fin de formar vocaciones comprometidas con la Iglesia en cualquier campo.

Aparecen otras instituciones especiales que, sin responder al nombre de Seminarios Menores, sirven para los mismos fines. Cosa análoga sucede en el campo de las vocaciones de mayores.

A pesar de todo esto, la crisis se presenta cada día más aguda.

El coeficiente de perseverancia es mínimo.

Los resultados obtenidos no compensan el esfuerzo diocesano en personal y los recursos económicos invertidos.

En algunas partes, por falta de continuidad en la formación, el paso a un Seminario Mayor de estructuras en renovación torna a los seminaristas inadaptados. Cosa semejante ocurre con los que abandonan definitivamente el Seminario y por deficiente formación no logran insertarse en el mundo en que deben vivir.

En muchos sitios los Seminarios aún tienen sentido de "clausura" (separación muy marcada entre mundo y seminario),

lo que conduce a aburguesar, infantilizar, desencarnar, despersonalizar.

Hay en los Seminarios Menores una buena cantidad de sacerdotes profesores, con el consiguiente descuido de otros campos apostólicos muy importantes, como la juventud, etc.

Seminarios Mayores

Mucho se está haciendo, pero es mucho más lo que resta por hacer. Se apuntan aquí las comprobaciones positivas y negativas, sin que el orden signifique prioridad de valores.

* Inquietud por Centros para Educadores de Seminarios y cursillos de "puesta al día".

- En América Latina sólo existe un Centro y los cursillos son muy escasos.

* Ansias de renovación en educadores y alumnos.

- Hay muchos educadores que no captan los tiempos nuevos y añoran épocas que no volverán.

* Incorporación de personal laico al profesorado.

- Aún los laicos no se incorporan en cantidad suficiente, y quedan muchos Seminarios con fuerte número de sacerdotes profesores.

* Unión de varias diócesis, congregaciones religiosas, etc., en un mismo Seminario, con un mejor aprovechamiento de edificios, educadores, e intercambio espiritual y humano muy provechoso.

- Todavía siguen construyendo -en

buena parte con ayuda extranjera - grandes edificios, antipedagógicos, y sin que se sepa con quiénes se van a llenar.

* Incorporación de un equipo de psicólogos que colaboren a la formación de los seminaristas.

- Son muy pocos los seminarios que tienen dicho equipo sistemáticamente o, a lo más, sólo para la selección de posibles candidatos.
- A veces una inadecuada selección de psicólogos (poco competentes) ha causado daño a los seminaristas y ha contribuido a fomentar la desconfianza hacia este medio indispensable en la formación (O. T. 11 y S Coelib. 63).

* División de la comunidad en "equipos" o "pequeñas comunidades" con "revisión de vida".

- Todavía existen grandes comunidades donde todo lleva fácilmente a una masificación y anulación de la personalidad en el conjunto.
- Aquí se debe dejar constancia de una fuerte tendencia (y algunas experiencias) a agruparse en "pequeñas comunidades", radicadas en viviendas de tipo familiar, con uno o más sacerdotes que acompañan el equipo en su formación en general y que reciben la formación intelectual en centros de estudios de la Iglesia o del Estado.

* Hay un serio esfuerzo para dar una formación más auténtica y personalizante, de iniciativa creadora; formación más positiva de la castidad, obediencia, etc.

* En algunos seminarios se aceptan y procuran "estudios" de interiorización y "estudios" de vida apostólica y/o trabajo material, procurando que el seminario siga en estrecho contacto con los muchachos para ayudarles a una formación más integral.

- En otros no se ve con buenos ojos que el seminarista interrumpa sus estudios, si lo hace, no sólo se desentenden de él sino que lo miran con desconfianza.

* Mayor inserción en la diócesis, en la comunidad concreta humana (ciudad, barrio, etc.), donde se encuentra el Seminario, y en el mundo en general.

- Muchos Seminarios continúan siendo "cosa" del Obispo y de quienes están al frente de él.

* Los seminaristas participan con sus educadores en las reflexiones sobre los medios más aptos para llegar a las metas fijadas en su educación.

- A veces se les dan libertades sin educarlos en ellas, por carencia de suficiente capacidad en los educadores, o como "concesiones" forzadas, inevitables, sin percibir todo lo positivo que encierra el ansia de libertad, autenticidad, franqueza, etc., del joven de hoy.

* Se buscan nuevas estructuras y nuevos programas de estudio. Se requiere una sólida fundamentación teológica a las prácticas de ascesis y piedad tradicionales, válidas para el sacerdote "pastor" y no para monjes.

- Unos seminarios dan formación demasiado humanista y para un solo tipo de sacerdotes, en tanto que las

comunidades donde actuarán difieren totalmente.

- Otros acusan marcada tendencia a formar en el "activismo", entendiéndolo mal la finalidad pastoral de la formación.
- Todavía se forma para una o dos clases sociales (media y/o alta), quedando fuera la clase obrera o la técnica que va surgiendo.
- Hay incertidumbre sobre la esencia de la misión sacerdotal, con la lógica desorientación frente al sacerdote que se debe formar.
- Existen y se construyen edificios lujosos que desarraigan a los venidos de medios modestos, aburguesan e impiden una formación en la austeridad.
- Urge una especial adaptación del clero religioso y extranjero que tiene a su cargo Seminarios.

VIII. PARROQUIA

El análisis sobre la realidad de la parroquia latinoamericana parte de un *criterio*: Hasta qué punto la parroquia en América Latina es comunidad, y comunidad global, es decir, que realice la diversidad de las funciones que le son propias?

Se destacan los siguientes hechos:

1. De la parroquia en sí

Los elementos de la Parroquia llamados a conformarla no tienen conciencia de comunidad, aunque ya comienza a crearse dicha conciencia. A los miembros de la Parroquia les falta sentido de dependencia eclesial y ordinariamente dependen demasiado del párroco.

Persiste aún en el párroco el personalismo, la duda y la desconfianza respecto de los elementos de prestigio en la comunidad, la subestimación de la opinión pública y de los elementos humanos que la crean o la orientan, el desconocimiento de la zona humana en donde está ubicada la Parroquia, y con frecuencia la valoración desmedida de las obras materiales.

En cuanto a las estructuras, parece que aún falta en muchas partes la organización de los consejos parroquiales con amplia representación del Pueblo de Dios; persiste el concepto juricista que no responde a la realidad actual de la comunidad natural: de ordinario, se sigue considerando a la Parroquia como centro administrativo para papeleo y distribución de sacramentos. En general, parece fallan las estructuras parroquiales.

La estructura parroquial urbana se presenta especialmente inadecuada a la comunidad real, quizás porque se carece todavía de una imagen completa de la Parroquia para hoy, con las condiciones especiales que en los grandes centros determinan el desplazamiento para el trabajo, la educación, etc.

Hay que hacer constar el hecho de que se verifique ya un avance positivo en muchos de los aspectos anotados. Por ejemplo: empieza a despertarse el sentido de la dependencia eclesial... algunos párrocos organizan consejos parroquiales y se sirven de equipos representativos... hay ensayos de parroquias llamadas "modelos" o "pilotos", algunos con resultados favorables.. se dan ejemplos de pobreza, supresión de aranceles, etc.

2. En relación con la Evangelización

Parece faltar, en general, una toma de conciencia de la misión evangelizadora de la comunidad eclesial.

Se comprueba la existencia de sectores muy descuidados, como son aquellos que viven alejados de la Iglesia.

Respecto de los agentes de la evangelización, se nota ausencia del laicado en la responsabilidad de la misma. Hay pobreza en número y en formación de catequistas, anquilosamiento en sistemas catequísticos.

Sin embargo, se aprecia un resurgimiento en este sentido.

3. En relación con la Liturgia

Prevalece todavía el culto de los santos o de los difuntos sobre el culto eucarístico, y aún éste todavía está poco centrado en el Sacrificio. La práctica de los preceptos dominical y pascual es legalista. Predomina el factor económico en las actividades parroquiales, tales como la celebración de sacramentos y de la Misa, visitas a caseríos, archivos parroquiales, diezmos y primicias, romerías, etc.

Hay deficiencia de una verdadera catequesis sacramental, aunque se observa en muchos lugares una renovación pastoral al respecto.

4. En relación con la Caridad

Subsisten organizaciones de tipo exclusivamente piadoso, sin proyección

apostólica. Sin embargo, hay comienzos de renovación en el sentido de buscar la promoción humana sin paternalismo, procurando ir a la causa y no detenerse en los efectos.

5. De la Parroquia hacia la Iglesia

En general, se percibe un ambiente negativo o al menos indiferente, por parte de muchos, respecto de la misión de la Iglesia. Se empieza, sin embargo, a justipreciar la Pastoral de conjunto.

6. De la Parroquia hacia la comunidad humana

La Parroquia no tiene solidaridad con la comunidad humana, porque todavía no tiene conciencia de que es comunidad cristiana. El progreso en este sentido guarda relación con el anotado respecto de la conciencia de comunidad eclesial.

IX. DIOCESIS

Muchas de las realidades que se comprueban al estudiar el tema de las Diócesis, estaban anotadas de antemano en el capítulo dedicado a los Obispos. Por eso se omiten aquí.

1. La Diócesis como comunidad

Aspecto negativo:

Se observa en muchas Diócesis la ausencia de una Pastoral de conjunto, con clara definición de objetivos y planes realizados en contacto con las bases. Esto sucede tanto en el plano diocesano como en la integración con la Pastoral de conjunto a escala nacional.

Cosa semejante ocurre con algunos planes de Pastoral que no se llevan a cabo.

Aspecto positivo:

Se advierte en las Diócesis un crecimiento pequeño pero real de la conciencia de comunidad eclesial. Factores favorables de este hecho son: la multiplicación de Diócesis, la creación de consejos presbiterales, la constitución de consejos pastorales -integrados por sacerdotes, religiosos y laicos-, la realización de Sínodos con consulta y participación activa de diversos elementos de la comunidad.

2. La Diócesis en sus funciones

Aspecto negativo:

El más saliente aspecto negativo parece ser la falta de integración y eficacia de los organismos diocesanos.

Aspecto positivo:

Es innegable la acentuación gradual del sentido misionero de la Diócesis, como también una tendencia en favor de las actividades pastorales, y menos interés por los aspectos económicos.

Muchas visitas pastorales se realizan en la actualidad con más sentido apostólico y pastoral que con sentido administrativo o para administrar confirmaciones.

3. La Diócesis y sus relaciones con otras Diócesis. (Cfr. Decreto "Christus Dominus" n. 6)

Aspecto negativo:

Se observa la poca disponibilidad cuando se trata de prestar ayuda (material o con aporte de personal) a otras Diócesis o a organismos internacionales.

Aspecto positivo:

Se debe reconocer el incremento de actividades tendientes a establecer vínculos más estrechos entre las Diócesis, junto con el sentido misionero de esta relación interdiocesana. En algunos lugares parece que esta relación es más acentuada en los obispos y en el clero que en el campo de los religiosos y los laicos. Es un ejemplo comprobatorio la tendencia favorable a la creación de comunidades sacerdotales interdiocesanas en razón del apostolado.

4. La Diócesis y la comunidad humana

Es verdad que van apareciendo planes de integración a nivel diocesano y que se presta asesoría técnica y pastoral preparando para la realización de planes que benefician a la comunidad. Sin embargo, hay aún bastante indiferencia frente a los problemas que afectan a la comunidad, improvisación de planes, precipitación en llevarlos a efecto, y falta de conceptos claros en lo referente a la subsidiaridad.

X. CONFERENCIAS EPISCOPALES

Aspecto negativo:

Se han creado en todos los países las Conferencias Episcopales y en algunos de ellos no sólo como una estructura jurídica sino proyectadas como una expresión de la colegialidad episcopal.

Aspecto negativo:

La estructura interna es aún incipiente y defectuosa, están poco precisadas las responsabilidades.

Las Comisiones son poco efectivas y están integradas por Obispos seleccionados sin acierto y carentes de suficiente competencia.

Faltan asesores especializados.

Se nota ausencia de dinámica de grupo y de técnica de organización.

Se observa tendencia a realizar reuniones improvisadas y a no dar publicidad a los resultados.

Hay casos en que la existencia de Conferencias Episcopales sirve de pretexto a los Obispos para eludir sus propias responsabilidades ante la diócesis.

Falta en muchas un Plan de Pastoral de conjunto y una acertada distribución del presupuesto.

Hay tendencia a resolver problemáticas muchas veces casuísticas, sin tener en cuenta el Pueblo de Dios ni la realidad humana.

Se da la inclinación a una actitud cerrada y de desconfianza, poco favorable a establecer contacto con los medios de opinión pública.

Falta unidad interna, que en muchos casos puede agravar la decepción del hombre que quiere vivir su fe.

XI. EL CELAM

Hechos positivos:

- Coordinación pastoral latinoamericana.
- Encuentros organizados por los Departamentos.
- Influjo en la creación de las Conferencias Episcopales Nacionales.
- Creación de los Institutos ICLA, LITURGIA, ILADES, PASTORAL.
- Influjo en la creación de la CLAR.
- Aporte a una integración latinoamericana social y eclesial.
- Despertar de una mayor toma de conciencia de la Iglesia Latinoamericana en cuanto tal con la consecuencia de asumir las consiguientes responsabilidades.
- Servir en parte de patrón a otros organismos similares que están surgiendo principalmente en Europa y Africa.
- Haber ayudado a descubrir los valores personales de expertos latinoamericanos con la consiguiente liberación del colonialismo en este campo.
- Aporte de enriquecimiento con sus estudios a la Iglesia universal

Hechos negativos:

- Falta de suficiente contacto con las Conferencias Episcopales que todavía lo consideran como algo "lejano".
- Falta de iniciativa para saber elegir el modo de llegar con sus trabajos a los verdaderamente interesados y al gran público.
- Falta de más íntimo contacto de los

Departamentos con las respectivas Comisiones de las Conferencias Episcopales.

- Falta de autofinanciación y dependencia económica.
- Sensación en las Conferencias Episcopales de que el CELAM emplea demasiado personal y presupuesto, y comparativamente tiene poca eficacia.
- Poca relación con Organismos Internacionales que influyen o trabajan directamente en el desarrollo integral de América Latina.

XII. BIENES TEMPORALES

Quiere entenderse la Iglesia pobre en el sentido de una actitud de la Iglesia frente a los bienes temporales y según la imagen que la Iglesia misma proyecta en este sentido.

Existe una postura inauténtica por falta general de autofinanciación con la consiguiente actitud de "mendicidad".

Mal empleo de los bienes materiales, sin jerarquía de valores y metas pastorales que lo justifiquen.

Falta de educación en los fieles.

Falta de conciencia en los religiosos del sentido diaconal del voto de pobreza.

Falta de presencia de los religiosos en los medios pobres. Inclinación general hacia las clases dirigentes.

Falta de desprendimiento en cuanto a posturas y posiciones que la Iglesia tiene adquiridas en América Latina.

ANEXO No. 3

**ESTADISTICAS QUE
CLARIFICAN LA SITUACION
SOCIO-RELIGIOSA EN AMERICA LATINA**

Población
Composición de la población en
América Latina
Educación
Socio-religiosas

I. POBLACION

Muchos demografistas han llamado al crecimiento reciente de la población a través de América Latina "una explosión de población". Si esta rata de crecimiento anual va a continuar, el 10% de la población mundial vivirá en América Latina.

La rata absoluta de crecimiento muestra un avance de América Latina frente a otras áreas mundiales. De seguir así, la población se duplicará cada 23 años.

Mayores cuidados sobre la salud pública, han disminuido la rata de mortalidad. El resultado es que las expectativas de vida van creciendo.

Una rata de alta fertilidad produce una población joven. En América Latina, con algunas excepciones, el porcentaje de

la población menor de 15 años varía del 40 hasta el 50% de la población.

No sorprende, entonces, que la población económicamente activa (15-64 años) consista solamente en el 55% de la población.

La población está concentrada en algunas áreas principales.

Cuando urbanización se define como el éxodo de las áreas rurales hacia las áreas urbanas, América Latina tiene el más alto grado de urbanización. La ciudad atrae el campo. Durante el período 1930-1960 la población de América Latina se ha duplicado, pero las 22 grandes ciudades han triplicado sus habitantes.

En todo caso, incluso cuando la población siga creciendo, la densidad nunca será alta.

Al contrario del desarrollo de la población en Norte América o Europa, el crecimiento de la población no tiene correlación con la expansión de la industria, o formación del capital o agricultura. De esto surge una incapacidad de los sectores económicos para absorber toda la población económicamente activa. Resulta que un 20% de la población urbana es marginada y vive en favelas, villas miserias, etc. Algunos demografistas preveen que en 1990, América Latina será 60-70% urbana y contará con 250 millones de marginados.

II. COMPOSICION DE LA POBLACION EN AMERICA LATINA

Amerindio:

- Interior de América del Sur (Amazonía) pequeña densidad.
- Densidad alta en el sur de México, partes de América Central, países andinos, partes de Paraguay y Chile

Mestizo:

- Prácticamente todas las ciudades, pueblos, áreas rurales.

Europeo:

- Areas rurales del sur de Brasil, la gran parte de Argentina, Cuba, Costa Rica y Uruguay.

Mulato:

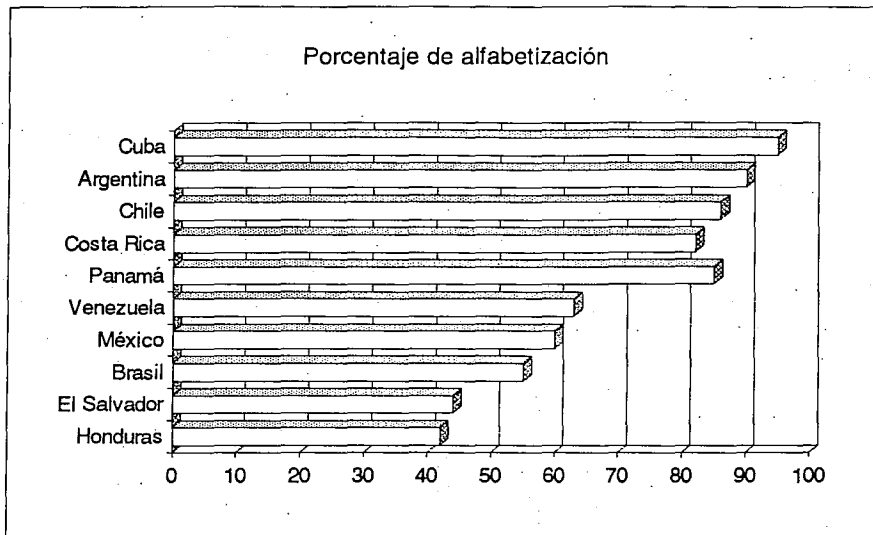
- Partes de Cuba, Puerto Rico, Santo Domingo, Brasil.
- Jamaica, partes del nordeste de Brasil.

Negro:

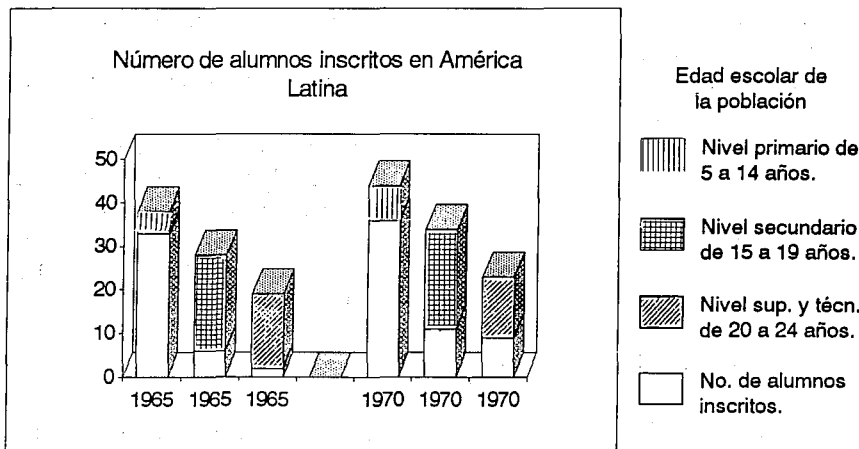
- Partes pequeñas del nordeste de Brasil, el interior de Haití, Islas del Caribe y Costa del Pacífico.

Asiático:

- Un número pequeño en Trinidad, Guyana, Guyana Francesa, Estado de Sao Paulo y Perú.



Fuente: Libro Statistical Abstract of Latin America 1966, Figura 7, p. 12.



Fuente: Libro Statistical Abstract of Latin America 1966. Figura 8, p. 13.

Porcentaje del Presupuesto gubernamental para la Educación

País Porcentaje del Presupuesto

MEXICO	24.1
COSTA RICA	25.8
EL SALVADOR	24.2
GUATEMALA	...
HONDURAS	24.8
NICARAGUA	...
PANAMA	27.3

Total, América Central ...

BARBADOS	...
CUBA	...
REP. DOMINICANA	15.0
HAITI	11.2
JAMAICA	...
TRINIDAD Y TOBAGO	...

Total Caribe ...

ARGENTINA	11.4
BOLIVIA	...

BRASIL	...
CHILE	12.2
COLOMBIA	15.9
ECUADOR	13.3
GUYANA	...
PARAGUAY	16.3
PERU	...
URUGUAY	...
VENEZUELA	12.2

Fuente: PAU, LASI, América en Cifras 1965, Cuadro 501-95. Libro: Statistical Abstract of Latin America - 1966 Tabla 24, pág. 91.

La mayoría de los establecimientos educacionales son privados y en manos de religiosos. No existen últimas estadísticas sobre esto, pero el hecho se menciona porque hay una tarea importante de la Iglesia en este campo.

- La tasa de crecimiento económico de América latina era de 3.0% en 1966, y la tasa de crecimiento de la población era de 2.9%.

- No se puede dar datos del período 1965-66 porque hasta ahora no hemos encontrado datos con los cuales se puede hacer una comparación.

(Libro: Statistical Abstract of Latin America 1965 pp. 160-185).

III SOCIO-RELIGIOSAS

Observaciones

Como resultado de estadísticas de Isidoro Alonso.

Libro: Social-Compass XIV-5-6 1967

A *Circunscripciones Eclesiásticas en América Latina*

El número de circunscripciones eclesiásticas ha aumentado, prácticamente en todos los países latinoamericanos, con excepción de Cuba y Haití.

B *Parroquias*

El número de parroquias ha aumentado también, pero no en relación con la población.

Por ejemplo, en los países del Caribe, donde la población se ha duplicado, el descaecimiento no ha mejorado.

Los Sacerdotes Diocesanos

- El crecimiento de sacerdotes (eso se debe en parte a la inmigración) tampoco está en relación con el crecimiento de la población. Se debe tener en cuenta que la creación de nuevas circunscripciones o nuevas parroquias depende de la disponibilidad de los sacerdotes diocesanos.

Los Sacerdotes Religiosos

Un gran crecimiento (eso se debe también en parte a la inmigración).

Las Religiosas: idem

- Diferencia entre población urbana y rural.
- La proporción de sacerdotes diocesanos ha disminuido en las grandes ciudades, de tal manera que el número de habitantes por sacerdote en el área urbana indica ser el mismo que en el área rural.
- Concentración de los religiosos y religiosas en el área urbana.

